



William Shakespeare

La tragedia de Macbeth

Traducción, prólogo y notas
de Luis Astrana Marín

Índice

Acto I
Acto II
Acto III
Acto IV
Acto V

MACBETH es la tragedia de la ambición, que se des arrolla hasta adquirir proporciones épicas. Inferior a Hamlet y a El rey Lear, en cuanto estas exploran los más vastos abismos del entendimiento y de las pasiones, les aventaja en nervio dramático, de la que es prototipo, y en la que su autor acusa más fuertemente su sistema. Sin temor a error, puede sostenerse -aun no olvidando las más sombrías creaciones del teatro de Esquilo, cuya línea continúa -que MACBETH es la tragedia por excelencia. Su deslumbrante hermosura estriba, a nuestro modo de ver, en el perfecto acoplamiento de

los caracteres a la acción y en el relieve inmortal que Shakespeare ha sabido infundir a los tipos.

MACBETH es un episodio de la historia de Escocia, que el príncipe de los poetas tomó de la Crónica de Holinshed, quien a su vez halló los elementos de ella en los anales escoceses de Héctor Boethius. Considerando esta circunstancia, varios críticos y comentaristas la han incluido entre las Historias del gran trágico, sin reparar que en estas Shakespeare no tiende sino a dramatizar los hechos, en tanto que en las Tragedias -MACBETH incluida- lo principal a que se mira es al hombre, con sus pasiones. Poco nos importa, en efecto, que Macbeth haya sido un personaje histórico, que ha vivido y reinado, cuya usurpación y crímenes nos cuentan los antiguos anales de Escocia. El interés de la pieza no reside en la influencia que los acontecimientos a que se liga haya podido ejercer sobre los destinos del país en que hubo de vivir y reinar; y menos todavía en el hecho de que uno de los personajes -Banquo- fuera la fuente de la dinastía que en tiempos de Shakespeare ocupaba los tronos de Inglaterra y Escocia -los Estuardos-; este es un detalle insignificante, casual diríamos, y casi ajeno al fondo mismo de la acción. El poeta, elevándose, del plomo vil de una leyenda fantástica hace brotar el oro purísimo de la tragedia sin par. ¿Cómo es posible el milagro? Sólo el genio lo sabe, como sólo el genio lo puede producir.

MACBETH no consta en las ediciones in-quarto que de diez y siete obras de Shakespeare se publicaron en Londres en vida del autor. La primera impresión data de 1623, en la colección in-folio de sus piezas, que editaron sus amigos los actores Juan Heminge y Enrique Condell. Figura -y no deja de hallarse bien colocada entre Julio César y Hamlet. Dicha edición, llamada «de los cómicos» -The player's edition-, es la que comúnmente se conoce con el nombre de Folio primero. En ella, los amigos de Shakespeare deploran que la muerte impidiera a su compañero editar sus obras, y advierten la ímproba tarea que les costó coleccionarlas y darlas a luz tal como las concibiera el dramaturgo, y no como algunas de las mismas aparecían en anteriores ediciones, «robadas y subrepticias, deformadas y mutiladas por los hurtos y fraudes de dañinos impostores». Sin embargo, y a pesar de la confesión de Heminge y Condell de que solo ellos poseen los verdaderos manuscritos del autor, el texto aparece viciado; en los versos se descubren evidentes incorrecciones, mutilaciones y violencias -como si, a falta de otras lecciones, se hubiera apelado a los papeles «morcilleados» de los cómicos-, y en la división por escenas y actos existe lamentable incuria. Respecto de MACBETH, se ha sostenido que ha llegado a nosotros con grandes lagunas y que no carece de interpolaciones, por lo que ciertos defectos que muchos críticos han visto en la tragedia no los imputan a su autor. Afortunada o desgraciadamente, nada de esto se ha probado con irrecusables argumentos. Ni aun si tales defectos lo son en realidad.

Sucesivamente, desde 1632, fecha del segundo in-folio, ha venido corrigiéndose -a menudo sin tino- al sublime dramaturgo, y se han hecho enmiendas a lo que ya estaba bien escrito, a un término tal que no

conociera hoy el lenguaje de ediciones determinadas el padre que lo engendró.

Para nuestra presente versión hemos tenido a la vista los textos más autorizados, cuya enumeración eludimos atendiendo al breve espacio de que disponemos. Tampoco nos es posible examinar -y hacemos gracia al lector de la baraúnda de citas que en otro caso le esperara- las ediciones críticas inglesas, tarea que reservamos para el día en que realicemos el propósito de publicar nosotros una en nuestro idioma. No obstante, forzoso nos es rendir un tributo de admiración a los admirables trabajos de Theobald, depurador de los más excelentes, pese a Pope; a Samuel Johnson, Dyce y D'Hugues, cuyas notas aprovechamos para la selección e interpretación del texto inglés, y a los comentarios de Steevens, Ulrici, Schlegel, Delius, Coleridge, Maeterlink, etc., cuyas opiniones señalamos siempre, al prohijarlas o combatirlas.

Se ignora la fecha de la primera representación de MACBETH. Ulrici cree que debió de estrenarse en 1609 ó 1610. Malone y Chalmers defienden, por el contrario, que fue en 1606, y se fundan en ciertas palabras que pronuncia el portero del castillo en la escena tercera del acto segundo, donde se alude a una doctrina casuista sostenida por el superior de la Orden de los Jesuitas en Inglaterra, el padre Garnet, en 28 de marzo de 1606, en el famoso proceso del «Complot de la pólvora». No es muy serio el argumento. Lo único que puede afirmarse con exactitud es que la obra fue posterior al advenimiento de Jacobo I, que se verificó en 160814, y anterior a la representación dada en Londres en abril de 1610, que se menciona en un libro de memorias del doctor Forman, amigo de Shakespeare. MACBETH, de todos modos, pertenece al último periodo de la carrera dramática del poeta.

Sobre las precedentes ediciones de MACBETH en castellano, poco o nada puede decirse; unas en versos duros, otras en prosa incorrecta y casi todas versiones de malas versiones francesas -y cuenta que no ligeras faltas podrían señalarse a las de F.-Víctor Hugo y Gizot, que pasan por las mejores con la de Beljame-, los traductores españoles, desde D. Ramón de la Cruz, a quien cabe la gloria de haber dado a conocer a Shakespeare en España -1772- con su versión de Hamlet en romance decasílabo, pasando por D. Teodoro de la Calle, que trasladó primeramente a nuestra lengua MACBETH, en 1802, para representarse en los Caños del Peral -hoy regio coliseo-, hasta el último atrevido, todos, sin excepción, han hecho lo posible por mostrarnos un Shakespeare enfadoso. Traducían -cuando así era- un concepto velado, una lejana idea, de ningún modo la frase justa y exacta.

La versión que ofrecemos al público, en la que línea a línea hemos ido consultando los glosarios, diccionarios y tesoros de Schmidt -el celeberrimo Shakespeare-Lexicon-, de Brewer, Jervis, Webster, Ayscough, Nares, Mackay y Roget, se ha realizado con la intención primordial de traducir en prosa rítmica que siga y se acople en todo instante al movimiento del verso inglés.

Ímprobo ha sido nuestro trabajo. En MACBETH -ha de tenerse presente-, el

lenguaje es elíptico hasta lo inverosímil. Por ello, nos asalta la sospecha de si habremos sabido dar cima a nuestro buen propósito. De todas suertes, nos encomendamos humildemente al ilustrado público que nos ha de juzgar.

LUIS ASTRANA MARÍN.

PERSONAJES

DUNCAN, rey de Escocia.

MALCOLM, su hijo.

DONALBAIN, su hijo.

MACBETH, general del ejército del rey.

BANQUO, general del ejército del rey.

MACDUFF, noble de Escocia.

LENNOX, noble de Escocia.

ROSS, noble de Escocia.

MENTEITH, noble de Escocia.

ANGUS, noble de Escocia.

CAITHNESS, noble de Escocia.

FLEANCE, hijo de Banquo.

SIWARD, conde de Northumberland, general de las tropas inglesas.

EL JOVEN SIWARD, su hijo.

SEYTON, oficial al servicio de Macbeth.

UN NIÑO, hijo de Macduff.

UN MÉDICO INGLÉS.

UN MÉDICO ESCOCÉS.

EL SARGENTO.

UN PORTERO.

UN ANCIANO.

LADY MACBETH.

LADY MACDUFF.

DAMA AL SERVICIO DE LADY MACBETH.

HÉCATE.

Tres brujas.

Nobles.

Señores.

Oficiales.

Soldados.

Asesinos.

Criados.

Mensajeros.

EL ESPECTRO DE BANQUO.

Otras apariciones.

Escena: Escocia, Inglaterra.

Acto I

Escena I

Una llanura desierta¹⁵. Truenos y relámpagos. Entran tres BRUJAS¹⁶.

BRUJA 1ª.- ¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres en el trueno, los relámpagos o la lluvia?

BRUJA 2ª.- Cuando finalice el estruendo, cuando la batalla esté ganada y perdida.

BRUJA 3ª.- Eso será antes de ponerse el sol.

BRUJA 1ª.- ¿En qué sitio?

BRUJA 2ª.- Sobre el páramo.

BRUJA 3ª.- Allí nos encontraremos con Macbeth.

BRUJA 1ª.- ¡Voy, Mari-Gris!¹⁷

BRUJA 2ª.- ¡Paddock¹⁸ me llama!

BRUJA 3ª.- ¡En seguida!

TODAS.- Lo hermoso es feo, y lo feo es hermoso. ¡Revoloteemos por entre la niebla y el aire impuro! (Salen.)

Escena II¹⁹

Un campo cerca de Forres²⁰. Alarma dentro.

Entran el rey DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX, con la comitiva, hallando a un SARGENTO ensangrentado.

DUNCAN.- ¿Quién es ese hombre cubierto de sangre? A juzgar por sus trazas, podrá darnos noticias recientes de la rebelión.

MALCOLM.- Es el sargento, que como un intrépido y valiente soldado ha combatido por salvarme de la cautividad. ¡Salud, valeroso amigo!

Cuéntale al rey lo que sepas de la batalla, tal como la dejaste.

SARGENTO.- Hallábase indecisa, como dos nadadores rendidos que se

abrazan uno al otro y paralizan sus esfuerzos. El implacable Macdonwald -digno de ser rebelde, pues para esto las multiplicadas villanías de la naturaleza se amontonaron en él- había recibido de las islas del Oeste un refuerzo de «kernes» y «gallow glasses»²¹, y la Fortuna, sonriendo a su maldita causa, parecía prostituirse al traidor. Mas todo fue inútil; porque el bravo Macbeth -que bien merece este nombre-, despreciando la suerte, con su acero blandido, humeante de ejecuciones sangrientas, cual predilecto del valor, se abrió paso hasta la presencia del miserable. Ni le tendió la mano ni le dijo adiós, mientras no le hubo abierto desde el ombligo a las quijadas, y clavó su cabeza sobre nuestras almenas...

DUNCAN.- ¡Oh, valeroso primo! ¡Digno caballero!

SARGENTO.- Así como del punto donde el sol comienza su carrera se levantan a veces las tempestades que hunden los navíos y los siniestros rayos, así de los acontecimientos que parecían prometernos la paz nacieron las alarmas. Escuchad, rey de Escocia, escuchad: no bien la justicia, apoyada en el valor, había obligado a los saltarines²² «kerners» a apelar a los talones, cuando el monarca noruego, previendo una ventaja, con armas aún limpias y refuerzos de tropas frescas, renovó el ataque.

DUNCAN.- ¿Y no se intimidaron entonces nuestros capitanes Macbeth y Banquo?

SARGENTO.- Sí, como el jilguero intimida al águila o como la liebre al león. A decir verdad, debo confesar que eran semejantes a los cañones de doble carga; tan repetidos mandobles repartían sobre el enemigo. Querían bañarse en el vapor de las heridas o recordar otro Gólgota²³, no sabré expresarlo... Pero desfallezco; mis llagas gritan socorro.

DUNCAN.- Tus palabras te ennoblecen tanto como tus heridas; unas y otras son la ejecutoria del honor. ¡Pronto, llevadle a los cirujanos!

(Sale el SARGENTO, acompañado.)

(Entra ROSS.)

¿Quién viene aquí?

MALCOLM.- El digno thane²⁴ de Ross.

LENNOX.- ¡Qué entusiasmo en sus ojos! ¡Dijérase que viene a anunciar cosas extraordinarias!

ROSS.- ¡Dios salve al rey!

DUNCAN.- ¿De dónde vienes, digno thane?

ROSS.- De Fife, gran rey, donde los pendones noruegos ondean el cielo y enfrían a nuestras gentes con el viento de sus pliegues. El propio rey de Noruega, al frente de un terrible ejército y auxiliado por el más desleal de los traidores, el thane de Cawdor, planteaba un pavoroso conflicto cuando el amante de Belona²⁵, acorazado para la prueba, le reta a singular combate, acero contra acero rebelde, brazo contra brazo, domeñando su espíritu arrogante; y, para acabar, que la victoria nos pertenece.

DUNCAN.- ¡Dicha inmensa!

ROSS.- Entre tanto, Sweno, el rey de Noruega, solicita capitulación. No le hemos autorizado a enterrar sus muertos hasta que ha hecho entrega en la isla de San Colombán²⁶ de diez mil dólares para nuestras necesidades generales.

DUNCAN.- Ese thane de Cawdor no traicionará más nuestro íntimo afecto. Ve allá, pronuncia su sentencia de muerte y saluda a Macbeth con el mismo título que él ostentaba.

ROSS.- Ejecutaré vuestras órdenes.

DUNCAN.- Gane el noble Macbeth lo que él ha perdido. (Salen.)

Escena III

Un páramo. Truenos.

Entran las tres brujas.

BRUJA 1ª.- ¿Dónde estuviste, hermana?

BRUJA 2ª.- Matando puercos.

BRUJA 3ª.- Hermana, ¿y tú, dónde?

BRUJA 1ª.- Tenía la mujer de un marinero castañas en su delantal, y ronchaba, ronchaba... «¡Dame!», le dije yo. «¡Arredro vayas, bruja!»²⁷, gritó la roñosa, harta de bandullos. Su marido ha partido para Alepo, como patrón del Tigre; pero le voy a seguir, navegando en un cedazo, y como un ratón sin cola obraré, obraré, obraré...

BRUJA 2ª.- Yo te daré un viento.

BRUJA 1ª.- ¡Qué buena eres!

BRUJA 3ª.- Y yo, otro.

BRUJA 1ª.- Pues como tengo los restantes a mis órdenes, sé los puntos de donde soplan y conozco los rumbos que les marcan en el mapa los marinos, le dejaré seco como el heno. Ni de día ni de noche colgará el sueño de la cubierta de sus párpados. Vivirá como un proscrito. Nueve veces nueve semanas de fatiga le dejarán flaco y débil, y aunque su barco no zozobre, le azotarán al menos las tempestades. Mirad qué tengo.

BRUJA 2ª.- ¡A ver, a ver!

BRUJA 1ª.- Es el pulgar de un piloto que naufragó al regresar a su país.

(Tambor dentro.)

BRUJA 3ª.- ¡Un tambor, un tambor! ¡Macbeth que viene!

TODAS.- ¡Hermanas fatídicas²⁸, enlacemos las manos! ¡Mensajeras de la tierra y del mar, giremos, giremos!... Tres vueltas por ti, y tres por mí, y otras tres para que sean nueve. ¡Silencio!... Acabó el conjuro.

(Entran MACBETH y BANQUO.)

MACBETH.- En mi vida he visto un día tan feo y hermoso a la par.

BANQUO.- ¿A qué distancia nos hallamos de Forres? ¿Quiénes son esas, tan escuálidas y andrajosamente vestidas, que no parecen habitantes de la tierra, y, sin embargo, sobre ella se hallan?

¿Vivís, o sois algo a que un hombre puede interrogar? Se diría que me entendéis, al ver a cada una de vosotras llevarse un dedo rígido a los labios apergaminados. Debéis ser mujeres, y, no obstante, vuestras barbas me impiden creerlo.

MACBETH.- Hablad, si podéis. ¿Qué sois vosotras?

BRUJA 1ª.- ¡Salve, Macbeth! ¡Salve a ti,thane de Glamis!

BRUJA 2ª.- ¡Salve, Macbeth! ¡Salve a ti,thane de Cawdor!

BRUJA 3ª.- ¡Salve, Macbeth, que más tarde serás rey!²⁹

BANQUO.- Mi buen señor, ¿por qué os sobrecogéis y parecéis temer a cosas que suenan tan gratamente? (A las brujas.) En nombre de la verdad, ¿sois fantasmas, o sois, en efecto, lo que aparentáis ser? Saludáis a mi noble compañero con sus títulos presentes y la alta promesa de un lisonjero porvenir y de una esperanza real que le sume en el éxtasis. Y a mí no me decís nada... Si podéis penetrar en los gérmenes del tiempo y predecir qué semilla cuajará y qué semilla ha de agostarse, habladme también a mí, que ni solicito vuestros favores ni temo vuestro odio.

BRUJA 1ª.- ¡Salve!

BRUJA 2ª.- ¡Salve!

BRUJA 3ª.- ¡Salve!

BRUJA 1ª.- ¡Menos grande que Macbeth, y más grande!

BRUJA 2ª.- ¡No tan feliz, y más feliz!

BRUJA 3ª.- Serás tronco de reyes; pero no serás rey... ¡Salve, pues, Macbeth y Banquo!

BRUJA 1ª.- ¡Banquo y Macbeth, salve!

MACBETH.- ¡Deteneos, enigmáticos oráculos: decidme más! Por la muerte de Sinel³⁰, sé que soythane de Glamis pero ¿cómo de Cawdor?

Elthane de Cawdor vive: un hidalgo próspero; y en cuanto a rey, eso está tan distante del horizonte de mi creencia como serthane de Cawdor. ¡Decidme de dónde tenéis esa extraña inteligencia! O ¿por qué sobre este brezo, batido por los huracanes, vienen a barrernos el camino vuestras salutations proféticas? ¡Hablad! ¡Yo os lo

mando!

(Las brujas se desvanecen.)

BANQUO.- La tierra, como el agua, tiene burbujas, y ellas lo son.

¿Dónde se desvanecieron?

MACBETH.- En el aire, y lo que parecía corporal se disipó como la respiración en el viento... ¡Ojalá se hubiesen quedado!

BANQUO.- Pero esos seres con quienes hablamos, ¿existían en realidad, o hemos comido la raíz de cicuta, que trastorna la razón?

MACBETH.- ¡Vuestros hijos serán reyes!

BANQUO.- ¡Y vos seréis rey!

MACBETH.- ¡Ythane de Cawdor también! ¿No lo dijeron así?

BANQUO.- En ese tono y con esas mismas palabras. ¿Quién se acerca?

(Entran ROSS y ANGUS.)

ROSS.- Macbeth, el rey ha recibido con satisfacción la noticia de tu victoria, y al apreciar tu comportamiento personal en el combate contra los rebeldes, luchaba entre la admiración y los elogios.

Abismado por ello y considerando lo que habías realizado en el resto de la misma jornada, te veía en las filas del intrépido noruego, impasible ante las extrañas imágenes de muerte que tú mismo sembrabas. Más pronto que se cuenta, los mensajeros se sucedían a los mensajeros, y cada uno de los mismos aportaba tus elogios en esta grandiosa defensa de su reino y los deponía a sus pies.

ANGUS.- Venimos a darte las gracias en nombre de nuestro augusto soberano y a servirte de heraldos ante su presencia, no a recompensarte.

ROSS.- Solo como adelanto de una más alta merced, me ha encargado de su parte que te apellide thane de Cawdor. ¡Salud, por tanto, digno thane, bajo este nuevo título, pues te pertenece!

BANQUO.- (Aparte.)³¹ ¿Cómo? ¿El diablo puede decir verdades?

MACBETH.- El thane de Cawdor vive. ¿Por qué me vestís con ropas prestadas?

ROSS.- El que era thane de Cawdor vive todavía; pero un terrible fallo pesa sobre esa vida, que merecía perder. Si estaba en connivencia con los de Noruega o secundaba al rebelde con secretos auxilios, intentando aprovecharse de una ocasión favorable, o trabajaba a la vez con ambos para arruinar a su país, yo no lo sé; pero traiciones declaradas, seguidas de confesión y prueba, le han perdido.

MACBETH.- (Aparte) ¡Glamis y thane de Cawdor! Y lo más grande por venir... Gracias por vuestra molestia... (A BANQUO.) ¿No tenéis la esperanza de que vuestros hijos serán reyes, toda vez que las que me dieron el título de Cawdor no les prometieron menos que a mí?

BANQUO.- De aferrarseos al alma esa creencia, bien podrían elevarse vuestros deseos hasta la corona, que vale más que el título de thane de Cawdor... Pero esto es extraño; y frecuentemente, para atraernos a nuestra perdición, los agentes de las tinieblas nos profetizan verdades y nos seducen con inocentes bagatelas para arrastrarnos pérfidamente a las consecuencias más terribles... Camaradas, una palabra os ruego.

MACBETH.- ¡Dos predicciones van cumplidas, como prólogos faustos

del borrascoso drama de argumento imperial!... Gracias, señores...
(Aparte.) Esta solicitación sobrenatural puede no ser mala, y puede no ser buena... Si mala, ¿por qué me ha dado una garantía de éxito comenzando por una verdad? Soy thane de Cawdor... Y si buena, ¿por qué ceder a una sugestión cuya espantable imagen eriza de horror mis cabellos y hace que mi corazón inmóvil palpite violentamente en pugna con las leyes de la Naturaleza? ¡Los temores reales son menos horribles que los que inspira la imaginación! ¡Mi pensamiento, donde el asesinato no es aún mas que vana sombra, conmueve hasta tal punto el pobre reino de mi alma, que toda facultad de obrar se ahoga en inquietudes, y nada existe para mí sino lo que no existe todavía!

BANQUO.- Mirad, qué absorto está nuestro compañero.

MACBETH.- (Aparte.) ¡Si el destino ha decretado que sea rey, ¡bien!, que se me corone, sin que tenga yo parte en ello!

BANQUO.- Los nuevos honores le sientan como vestidos recién hechos; solo le caerán bien con el uso.

MACBETH.- (Aparte.) ¡Suceda lo que quiera! El tiempo y la ocasión seguirán su marcha a través de los días más difíciles.

BANQUO.- Digno Macbeth, estamos pendientes de vuestro deseo.

MACBETH.- ¡Perdonadme!... Mi rebelde cerebro se ocupaba en recuerdos lejanos. Nobles caballeros; vuestros servicios quedan apuntados en un registro, cuyas hojas repasaré todos los días... Vamos al rey... (A BANQUO.) Meditad en lo sucedido, y más tarde, cuando hayamos reflexionado bien, hablaremos mutuamente a corazón abierto.

BANQUO.- Con sumo gusto.

MACBETH.- ¡Hasta entonces, silencio!... Vamos, amigos. (Salen.)

Escena IV

Forres32. Un salón en el palacio. Trompetería.

Entran DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, LENNOX y acompañamiento.

DUNCAN.- ¿Ha sido ejecutado Cawdor? ¿Los encargados de esa comisión no han regresado todavía?

MALCOLM.- Mi soberano, no han vuelto aún; pero he hablado con uno que le ha visto morir. Según me ha dicho, confesó francamente sus traiciones e imploró el perdón de vuestra grandeza, mostrando un sincero arrepentimiento. Nada en su vida le enaltecía tanto como esa manera de haberla perdido. Ha sucumbido al modo de quien estudiara en su muerte a renunciar de su más precioso bien como una fútil bagatela.

DUNCAN.- ¡No existe arte que pueda descifrar el sentido del alma en las líneas del rostro! Era un caballero en quien yo deposité una absoluta confianza... ¡Oh, mi dignísimo primo!...

(Entran MACBETH, BANQUO, ROSS y ANGUS.)

¡El pecado de mi ingratitud me parecía ya pesado!... Tan lejos vas de la victoria, que el ala más rápida de las recompensas es demasiado lenta para llegar hasta ti. ¡Ojalá fueran menos tus méritos, a fin de que la balanza de la gratitud y el galardón se inclinaran a favor mío! Nada me resta por decirte, sino que te debo más de lo que podía pagarte con todo lo que existe sobre la tierra. MACBETH.- El servicio y la lealtad debida tienen en sí propios su pago. La parte de vuestra grandeza es aceptar nuestros deberes, y nuestros deberes mismos son a vuestro trono y al Estado hijos y servidores, que no hacen sino lo que deben, salvo al hacer cuanto pueden por vuestro afecto y vuestra gloria.

DUNCAN.- ¡Bienvenido seas! He comenzado a plantarte, y me esforzaré hasta que alcances tu pleno crecimiento³³. (A BANQUO.) Noble Banquo, tus méritos no han sido menores y deben ser igualmente proclamados. Permíteme que te abrace y estreche contra mi corazón.

BANQUO.- Si en él germino, vuestra será la cosecha.

DUNCAN.- Mis alegrías desbordantes, ebrias de plenitud, buscan disimularse bajo lágrimas de tristeza... Hijos míos, deudos, nobles, y vosotros, los más allegados a mí después de ellos, sabed que hemos decidido transmitir nuestra corona a nuestro primogénito Malcolm, que nombramos desde hoy príncipe de Cumberland³⁴. Este honor no irá solo, sino acompañado, y, como las estrellas, títulos de nobleza brillarán sobre cuantos los tengan merecidos... Ahora partamos para Inverness³⁵, a fin de aumentar todavía mis obligaciones cerca de vosotros.

MACBETH.- El reposo que no empleamos en servirnos nos causa fatiga... Quiero ser yo mismo vuestro mensajero, y regocijarme por vuestra próxima llegada, los oídos de mi esposa. Así, pues, os pido humildemente permiso para partir.

DUNCAN.- ¡Mi digno Cawdor!

MACBETH.- (Aparte.) ¡Príncipe de Cumberland!... ¡Barrera es esta que debo saltar, o tropezaré, pues corta mi camino!... ¡Estrellas, apáguese vuestros fulgores!... ¡Que no alumbre vuestra luz mis negros y terribles deseos!... ¡Que los ojos se cierren ante la mano!... ¡Pero cúmplase, mientras, lo que los ojos se espantarían de ver cuando llegue el momento de realizarse!... (Sale.)

DUNCAN.- Es cierto, noble Banquo; tiene la valentía de que me hablas. Me nutro de los elogios que le conciernen; son para mí un festín. Sigámosle, en tanto su celo se adelanta para prepararnos la bienvenida. ¡Es un pariente sin igual!

(Clarines y trompetas³⁶. Salen.)

Escena V

Inverness. Salón en el castillo de MACBETH.

Entra LADY MACBETH leyendo una carta.

«Saliéronme al encuentro el día de la victoria, y tengo la seguridad absoluta de que saben más que los mortales. Cuando ardía en deseos de hacerles más preguntas, se evaporaron en el aire y desaparecieron. Mientras permanecía absorto de estupor, llegaron los mensajeros del rey, que me proclamaron thane de Cawdor, título con que me habían saludado las hermanas fatídicas, añadiendo para el porvenir: "¡Salve a ti, que serás rey!" Me ha parecido bien confiarte lo ocurrido, querida compañera de mi grandeza, para que no pierdas tu parte de regocijo ignorando cuán grande es el destino que te pronostican. Guarda esto en tu corazón, y adiós.» - ¡Eres Glamis y Cawdor, y serás cuánto te han prometido!... Pero desconfío de tu naturaleza. Está demasiado cargada del bálsamo de las ternuras humanas para elegir el camino más corto. Te agradecería ser grande, pues no careces de ambición; pero te falta el instinto del mal, que debe secundarla. Lo que apetece ardientemente, lo apetece santamente. No quisieras hacer trampas; pero aceptarías una ganancia ilegítima. ¡Quisieras, gran Glamis, poseer lo que te grita³⁷: "¡Haz esto para tenerme!", y esto sientes más miedo de hacerlo que deseo de no poderlo hacer³⁸. ¡Ven aquí, que yo verteré mi coraje en tus oídos y barreré con el brío de mis palabras todos los obstáculos del círculo de oro con que parecen coronarte el destino y las potestades ultraterrenas!...³⁹ ¿Qué noticias hay?

(Entra un MENSAJERO.)

MENSAJERO.- El rey llega aquí esta noche.

LADY MACBETH.- ¡Estás loco! ¿No viene con él tu señor? Me hubiera avisado para los preparativos...

MENSAJERO.- Perdonadme; pero es cierto. Nuestro thane se aproxima. Uno de mis camaradas se le ha adelantado, quien acaba de llegar sin más que la respiración necesaria para cumplir su mensaje.

LADY MACBETH.- ¡Que se le atienda; es portador de grandes noticias!...

(Sale el MENSAJERO.)

Hasta el cuervo enronquece, anunciando con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas!... ¡Corred a mí, espíritus propulsores de pensamientos asesinos!... ¡Cambiadme de sexo, y desde los pies a la cabeza llenadme, haced que me desborde de la más implacable crueldad! ... ¡Espesad mi sangre; cerrad en mí todo acceso, todo paso a la piedad, para que ningún escrúpulo compatible con la naturaleza turbe mi propósito siniestro, interponiéndose entre el deseo y el golpe! ¡Venid a mis senos maternos y convertid mi leche en hiel, vosotros, genios del crimen, de allí de donde presidáis bajo invisibles formas la hora de hacer mal! ¡Baja, horrenda noche, y envuelve tu palio en la espesa humareda del infierno! ¡Que mi agudo puñal oculte la herida que va a abrir y que el cielo, espiándome a través de la cobertura de las tinieblas⁴⁰, no pueda gritarme: «¡Basta, basta!...»

(Entra MACBETH.)

¡Gran Glamis, digno Cawdor, más grande que ellos dos por el salve futuro! Tu carta me ha transportado más allá del oscuro presente, y estaba haciéndome gozar del porvenir.

MACBETH.- Mi caro amor, Duncan llega esta noche.

LADY MACBETH.- ¿Y cuándo parte?

MACBETH.- Mañana... Tal se lo propone.

LADY MACBETH.- ¡Oh, jamás verá el sol esa mañana!... Vuestro rostro, thane mío, es un libro donde se pueden leer extrañas cosas... Para engañar al mundo, parecer como el mundo. Llevad la bienvenida en los ojos, en la lengua, en las manos, y presentaos como una flor de inocencia; pero sed la serpiente que se esconde bajo esa flor... Ocupémonos del que viene; y el gran negocio de esta noche, a todas nuestras noches, a todos nuestros días futuros dará pujanza y dominación soberanas; dejadme a mí el encargo...

MACBETH.- Ya hablaremos luego.

LADY MACBETH.- ¡Que la mirada sea franca! La alteración de las facciones es espejo del miedo. ¡Lo restante dejadlo a mi cuidado!

(Salen.)

Escena VI

El mismo lugar. Delante del castillo. Oboes y antorchas. Criados de Macbeth al servicio.

Entran DUNCAN, MALCOLM, DONALBAIN, BANQUO, LENNOX,
MACDUFF, ROSS,
ANGUS y acompañamiento.

DUNCAN.- La situación de este castillo es pintoresca. El aire,
suave y apacible, por su sola presencia halaga los sentidos.

BANQUO.- Ese huésped del verano, la golondrina familiar de los
templos, prueba por sus adorados albergues que el hálito de los
cielos embalsama aquí el ambiente. No hay cornisa, friso, arbotante
ni rincón favorable donde esta avecilla no haya suspendido su lecho
y procreante cuna. He observado que donde habita y multiplica su
preferencia el aire es delicado.

(Entra LADY MACBETH.)

DUNCAN.- ¡Ved, ved! ¡Nuestra honorable hospedadora! El amor, que
nos persigue, es con frecuencia un tormento para nosotros; y, sin
embargo, le damos las gracias, porque es el amor. Quiero
significaros con esto que roguéis a Dios para que nos recompense por
las molestias que os causamos, y a la par que nos agradezcáis los
sinsabores que os vamos a proporcionar.

LADY MACBETH.- Doblados y redoblados nuestros servicios, serían una
pobre y simple ofrenda en compensación de los grandes y extensos
honoros con que vuestra majestad distingue a nuestra casa. Por
vuestros pasados beneficios y las recientes mercedes que les acabáis
de añadir, quedamos vuestros eremitas⁴¹.

DUNCAN.- ¿Dónde está el thane de Cawdor? Le seguíamos de cerca, con
intención de ser su aposentador; pero es un magnífico jinete, y su
gran amor, agudo como su espuela, le condujo a su hogar antes que
nosotros. Gentil y noble hospedera, somos vuestro huésped esta
noche.

LADY MACBETH.- Vuestros servidores tienen vida y hacienda en un
depósito, cuya cuenta está a disposición de Vuestra Alteza, con
objeto de restituirle lo que le pertenece.

DUNCAN.- Dadme vuestra mano; conducidme ante nuestro hospedador⁴².
Le amamos entrañablemente, y continuaremos dispensándole nuestros
favores... Con vuestro permiso, hospedadora. (Salen.)

Escena VII

El mismo lugar. Salón en el castillo. Oboes y antorchas.

Entra y cruza la escena un oficial trinchante⁴³ y diversos criados con platos y servicio de mesa. En seguida, MACBETH.

MACBETH.- ¡Si con hacerlo no hubiera más!...⁴⁴ Lo mejor entonces sería hacerlo sin tardanza. ¡Si con el asesinato se zanjaran todas las consecuencias y con su fin quedara asegurado el éxito!... ¡Si esa puñalada fuera el todo aquí abajo, sobre el banco de arena y el alto fondo de este mundo, saltaríamos la vida futura! Pero en estos casos se nos juzga aquí mismo, y nuestras sangrientas acciones se vuelven atormentando a su inventor. La justicia, con mano igual, presenta a nuestros propios labios los ingredientes del cáliz que nosotros hemos emponzoñado... Él se encuentra aquí bajo una doble salvaguardia. Primeramente, soy su pariente y vasallo: dos poderosas razones contra el crimen... Además, como hospedador suyo, debiera cerrar las puertas a su asesino y no tomar yo mismo el puñal... En fin, ese Duncan ha usado tan dulcemente de su poder, tan intachable ha sido en sus altas funciones, que sus virtudes clamarían como trompetas angélicas contra el acto de condenación por su asesinato. Y la piedad, semejante a un niño recién nacido, cabalgando desnudo en el huracán, o a un celeste querubín transportado en alas de los invisibles corceles del aire, revelaría la acción horrenda a los ojos de todos los hombres hasta apiadar las lágrimas a los vientos. No tengo otra espuela para agujonear los flancos de mi voluntad, a no ser mi honda ambición, que salta en demasía y me arroja del otro lado... ¡Hola! ¿Qué hay de nuevo?

(Entra LADY MACBETH.)

LADY MACBETH.- Está acabando de cenar... ¿Por qué os retirasteis de la sala?

MACBETH.- ¿Ha preguntado por mí?

LADY MACBETH.- ¿No lo sabéis?

MACBETH.- No debemos ir más lejos en este asunto. Acaba de colmarme de honores, y he adquirido una reputación de oro para toda clase de gentes, que quisiera conservar en su esplendor, reciente como es todavía, en vez de encenagarla tan pronto.

LADY MACBETH.- ¿Estaba ebria, entonces, la esperanza de que alardeabais? ¿Se ha dormido después y se despierta ahora para contemplar, pálida y verde, lo que supo mirar tan arrogante? Desde este momento creeré tan frágil tu amor. ¿Has podido ser el mismo en ánimo y en obras que en deseos? ¿Quisieras poseer lo que estimas el ornamento de la vida y vivir como un cobarde en tu propia estima, dejando que un «No me atrevo» vaya en pos del «Yo quisiera», como el pobre gato del cuento?⁴⁵

MACBETH.- ¡Silencio, por piedad! Me atrevo a lo que se atreva un hombre; quién se atreva a más, no lo es.

LADY MACBETH.- ¿Qué bestia, entonces, os impulsó a revelarme este proyecto? Cuando os atrevíais a ello, entonces erais un hombre; y más que hombre seríais, si a más os atrevieseis. Ni ocasión ni lugar

se presentaban; y, sin embargo, una y otro queríais crear. ¡Ahora son ellos mismos los que se crean, y vuestra buena voluntad os abate! He amamantado a un niño, y sé lo grato que es para una madre amar al tierno ser que se alimenta de su seno. Bien: pues en el instante en que sonriese ante mi cara, le hubiera arrancado el pezón de mi pecho de entre sus encías sin hueso, y estrelládole el cerebro, de haberlo jurado, como vos lo jurasteis así...

MACBETH.- ¡Y si fracasáramos!...

LADY MACBETH.- ¡Nosotros fracasar!... Llevad vuestro valor hasta su punto heroico, y no fracasaremos. Cuando Duncan esté dormido -y el rudo viaje de hoy le sumirá en un sueño profundo- embriagaré con el vino y la orgía de sus dos chambelanes, de tal modo, que la memoria, esa centinela del cerebro, no será en ellos más que humo, y el receptáculo de su razón un alambique. Cuando, saturados de bebida, caigan en un sueño de puercos, semejante a la muerte, ¿qué no podremos llevar a cabo vos y yo con el indefenso Duncan? ¿Qué no imputaremos a sus esponjosos oficiales? Y ¿quién cargará con la culpa de este gran asesinato?...

MACBETH.- ¡No des al mundo más que hijos varones, pues de tu temple indomable no pueden salir más que machos! Cuando hayamos manchado de sangre a los dos dormidos chambelanes, y empleado sus propias dagas, ¿quién no se persuadirá de que ellos dieron el golpe?

LADY MACBETH.- Y ¿osará nadie suponer lo contrario, cuando prorrumpamos en ayes y clamores ante su cadáver?

MACBETH.- ¡Estoy resuelto! Voy a tender todos los resortes de mi ser para esta terrible hazaña. ¡Vamos! Y que se trasluzcan los más risueños semblantes a los ojos del mundo... ¡Un rostro falso debe ocultar lo que sabe un falso corazón!⁴⁶ (Salen.)

Acto II

Escena I

El mismo lugar. Patio en el interior del castillo⁴⁷.

Entran BANQUO y FLEANCE, llevando una antorcha.

BANQUO.- ¿Va muy adelantada la noche, muchacho?

FLEANCE.- Se ha ocultado la luna, y no he oído el reloj⁴⁸.

BANQUO.- Se pone a las doce.

FLEANCE.- Creo que es más tarde, señor.

BANQUO.- Ten, toma mi espada... El cielo está económico esta noche. Todas sus candelas se han apagado. Toma también esto⁴⁹. Una somnolencia, pesada como el plomo, cae sobre mí, y, sin embargo, no quisiera dormir... ¡Potestades misericordiosas, refrenad en mí los malos pensamientos por que se deja arrastrar la naturaleza durante el reposo!... ¡Dame mi espada!

(Entran MACBETH y un criado, con una antorcha.)

¿Quién va?

MACBETH.- Un amigo.

BANQUO.- ¡Cómo, señor! ¿Sin acostaros todavía? El rey descansa ya. Ha estado de un buen humor desacostumbrado, y ha hecho espléndidos obsequios a vuestra servidumbre. Saluda a vuestra esposa, ofreciéndole este diamante, en calidad de amabilísima hospedadora. Se ha retirado muy satisfecho de la jornada.

MACBETH.- Cogidos de improviso, nuestro buen de seo ha sido insuficiente; de otro modo habría tomado libre curso.

BANQUO.- Todo ha ido bien... Anoche soñé con las tres hermanas fatídicas. Con vos se han mostrado bastante veraces.

MACBETH.- No he vuelto a pensar en ellas... Sin embargo, cuando dispongamos de una hora favorable podremos cambiar, si os parece, unas palabras a este respecto.

BANQUO.- Cuando gustéis.

MACBETH.- Si sustentáis mis puntos de vista...⁵⁰ llegado el momento ganaréis en honor.

BANQUO.- Siempre que no le pierda al tender a aumentarle y que conserve mi pecho libre de cargas y clara mi lealtad, dejaré aconsejarme...

MACBETH.- Descansad, entretanto.

BANQUO.- Gracias, señor; igual os deseo.

(Salen BANQUO y FLEANCE.)

MACBETH.- (Al criado.) Ve a decir a tu señora que cuando esté dispuesta mi bebedía toque una campanada... Marcha a acostarte.

(Sale el criado.)

¿Es un puñal eso que veo ante mí, con el mango hacia mi mano?...⁵¹

¡Ven que te coja! ¡No te tiento, y, sin embargo, te veo siempre!...

¿No eres tú, visión fatal, perceptible al tacto como a la vista? ¿O no eres sino un puñal del pensamiento, falsa creación de un cerebro delirante?... Todavía te veo, bajo una forma tan palpable como este que ahora desenvaino... ¡Tú me marcas la dirección que he de seguir y el arma misma que debo usar!... ¡Oh, mis ojos son juguete de los demás sentidos, o valen por sí solos como todos ellos juntos!...

¡Aún te veo, y en tu mango y tu cuchilla gotas de sangre que antes

no encontraba!... ¡Pero no hay tal cosa!... ¡Es mi proyecto sanguinario, que toma cuerpo ante mis ojos!... ¡He aquí la hora en que, sobre la mitad del mundo, la Naturaleza parece amortecida y los malos sueños dejan caer sus sombras! Los hechiceros celebran el culto de la pálida Hécate, y el asesino descarnado, avisado por su centinela, el lobo, cuyo aullido le sirve de alerta, al paso furtivo y raptador de un Tarquino⁵² avanza cauteloso hacia su víctima, semejante a un fantasma... ¡Tú, tierra sólida y firme, apaga mis pasos, cualquiera que sea su camino, de miedo que hasta tus piedras proclamen dónde voy y no disipen el horror silencioso exigido por la hora!... Pero yo amenazo...; él vive. ¡El hálito de las palabras enfría la cálida acción! (Suena una campana.) ¡Voy; está hecho; la campana me invita! ¡No lo oigas, Duncan, porque es el tañido que te abre el cielo o el infierno! (Sale.)

Escena II

El mismo lugar.

Entra LADY MACBETH.

LADY MACBETH.- Lo que los ha embriagado, me presta a mí valor. Lo que los ha apagado, me ha encendido más... ¡Escuchemos!...

¡Silencio!... Es el búho que chilla, fatídico centinela que da las siniestras buenas noches... Debe de haberlo hecho... Las puertas están abiertas, y los chambelanes, hartos de vino, roncan, burlándose de sus deberes. He mezclado en su poción una droga tan activa, que la vida y la muerte luchan a quién vencerá.

MACBETH.- (Dentro.) 53 ¡Quién va!... ¿Qué?... ¡Hola!...

LADY MACBETH.- ¡Ah!... ¡Temo que se hayan despertado y fracasemos!... Una tentativa y no el golpe sería lo que nos perdiera... Escuchemos... Dejé dispuestos sus puñales; ha tenido que verlos. ¡Yo misma lo habría hecho de no haberme recordado a mi padre dormido!.. ¡Mi hombre!...

(Entra MACBETH.)

MACBETH.- ¡Ya está!... ¿No oíste ruido?...

LADY MACBETH.- El lamento del búho y el canto de los grillos... ¿No hablabais vos?

MACBETH.- ¿Cuándo?

LADY MACBETH.- Hace un instante.

MACBETH.- ¿Cuándo bajaba?

LADY MACBETH.- Sí.

MACBETH.- ¡Oye!... ¿Quién duerme en la segunda habitación?...

LADY MACBETH.- Donalbain.

MACBETH.- (Mirándose las manos.) 54 ¡Qué triste espectáculo!...

LADY MACBETH.- ¡Locura hablar de triste espectáculo!...

MACBETH.- Ha habido uno que ha reído en sueños, y otro que ha gritado «¡Asesino!», en voz tan clara, que los dos se despertaron.

Me quedé escuchándoles; pero murmuraron sus plegarias y se dispusieron a dormir.

LADY MACBETH.- Los dos ocupan la misma habitación.

MACBETH.- Uno gritó «¡Dios nos bendiga!», y el otro, «¡Amén!», como si me hubieran visto con estas manos de verdugo... Escuchando su terror, no pude contestar «¡Amén!», cuando dijeron ellos «¡Dios nos bendiga!»

LADY MACBETH.- ¡No hay que pensar en ellos con tanto ahínco!

MACBETH.- Pero ¿por qué no pude pronunciar el «Amén»? ¡Yo era quien tenía más necesidad de bendición, y el «Amén» quedó ahogado en mi garganta!...

LADY MACBETH.- De tomar las cosas tan en consideración, acabaríamos locos.

MACBETH.- Me pareció oír una voz que gritaba: «¡No dormirás más!...

¡Macbeth ha asesinado el sueño!» ¡El inocente sueño, el sueño, que de la enmarañada madeja de los cuidados teje un ovillo de seda!...

¡El sueño, muerte de la vida de cada día, baño reparador del duro trabajo, bálsamo de las almas heridas, segundo servicio en la mesa de la Naturaleza, principal alimento del festín de la vida!...

LADY MACBETH.- ¿Qué decís?

MACBETH.- Y la voz siguió gritando, de aposento en aposento: «¡No dormirás más!...»... ¡Glamis ha asesinado el sueño, y, por tanto, Cawdor no dormirá más, Macbeth no dormirá más!...

LADY MACBETH.- ¿Quién era el que gritaba así?... ¡Ah, querido thane! ¡Que enervéis vuestro noble valor, volviendo a esos pensamientos delirantes!... Andad, corred en busca de agua y limpiad vuestras manos de ese sucio testimonio... ¿Por qué habéis traído esos puñales? Es necesario que queden allí. ¡Andad, llevadlos y manchad de sangre a los dormidos centinelas!

MACBETH.- No iré más; me horroriza pensar lo que he hecho. ¡Mirarlo aún! ¡Nunca!

LADY MACBETH.- ¡Voluntad débil! ¡Dadme los puñales! Los durmientes y los muertos no son más que imágenes vanas; es el ojo de un niño que tiembla ante una estampa del diablo. Si sangra, teñiré del oro de su sangre la cara de esos hombres, pues es forzoso que sea suyo el crimen...

(Sale. Llaman dentro.)

MACBETH.- ¿Dónde llaman? ¿Qué me pasa, que el ruido más leve me hiela de espanto?... ¿Qué manos son esas? ¡Ah!... Me arrancan los

ojos... ¿Todo el océano inmenso de Neptuno podría lavar esta sangre de mis manos? ¡No!... ¡Mis manos encarnarían la multitudinosa mar, volviendo rojo lo verde!⁵⁵

(Vuelve a entrar LADY MACBETH.)

LADY MACBETH.- ¡Ya están mis manos del color de las vuestras; pero me avergonzaría de tener un corazón tan blanco!... (Llaman.)

¡Llaman a la puerta del Sur!⁵⁶ Retirémonos a nuestras habitaciones.

Un poco de agua nos lavará de esta acción. ¡Ya veis si es fácil!...

¡Vuestro atrevimiento os ha paralizado!... (Llaman.)

¡Escuchemos!... ¡Llaman otra vez! ¡Vestíos vuestra ropa de noche, no sea que la ocasión nos llame y muestre que hemos estado en vela! ¡No os dejéis perder tan miserablemente en vuestros pensamientos!...

MACBETH.- ¡Conocer mi acción! ¡Mejor quisiera no conocerme a mí mismo!⁵⁷ (Llaman.) ¡Despierta a Duncan con tus llamadas!... ¡Si pudieras despertar!... (Salen.)

Escena III

El mismo lugar.

Entra un PORTERO. Llaman dentro.

PORTERO⁵⁸.- ¡He aquí lo que es llamar de veras! Si un hombre fuera portero del infierno, estaría ducho en el manejo de la llave.

(Llaman.) ¡Llama, llama, llama!... ¿Quién es, en nombre de Belcebú?

Es un granjero, que se ha ahorcado en expectación de una buena cosecha. ¡Sé oportuno! Trae bastantes pañuelos, pues vas a sudar.

¡Llama, llama! ¿Quién es, en nombre del otro diablo?⁵⁹ Por mi vida, que es un jesuita, que juraría por cualquier plato de la balanza

contra el plato opuesto; que cometería una traición escudado en Dios, pero no podría enjesuitar al cielo. ¡Oh! ¡Entra, pues,

jesuita! (Llaman.) ¡Llama, llama, llama! ¿Quién es? Por mi vida, ese es un sastre inglés que viene aquí por haber robado unas calzas francesas.

¡Entra, sastre; podrás calentar aquí tus planchas!

(Llaman.) ¡Llama, llama! ¡Nunca, te pares! ¿Quién eres?

Decididamente este lugar es demasiado frío para infierno. ¡No quiero ser más portero del diablo! Creía haber dejado entrar a gentes de

todas las profesiones, que marchan al buen fuego eterno por un camino de primaveras. (Llaman.) ¡En seguida, en seguida!... ¡Pero acordaos del portero!

(Abre la puerta.)

(Entran MACDUFF y LENNOX.)

MACDUFF.- ¿Tan tarde te has acostado, amigo, que tan tarde te levantas?

PORTERO.- Por mi fe, señor, estuvimos de jarana hasta el segundo canto del gallo, y el beber es un gran provocador de tres cosas.

MACDUFF.- ¿Qué tres cosas provoca especialmente el beber?

PORTERO.- Caray, señor: enrojecimiento de la nariz, modorra y orina. En cuanto a los apetitos amorosos, los provoca y los desprovoca; provoca el deseo, pero impide la ejecución. Por eso, el mucho beber puede decirse que es el jesuitismo de los apetitos amorosos. Los crea y los destruye, los excita y los paraliza, los persuade y los desanima, los endereza y los arruga. En conclusión: los enjesuita en un sueño, y, dándoles un mentís, los abandona.

MACDUFF.- Me parece que el beber te dio a ti un mentís la noche pasada.

PORTERO.- En efecto, señor; lo ha sido en mi misma gola; pero ha pagado caro su mentís, y creo que soy más fuerte que él, pues aunque me ha tenido algún tiempo por las piernas, al fin le he echado la zancadilla.

MACDUFF.- ¿Se ha levantado tu amo?... Nuestras llamadas le han despertado; aquí viene⁶⁰.

(Entra MACBETH.)

LENNOX.- ¡Buenos días, noble señor!

MACBETH.- ¡Buenos días a los dos!

MACDUFF.- ¿Se ha levantado el rey, digno thane?

MACBETH.- Todavía no.

MACDUFF.- Me ordenó que le llamara antes del día, y temo que haya pasado la hora.

MACBETH.- Os conduciré ante él.

MACDUFF.- Sé que es para vos una grata molestia, pero molestia al cabo...

MACBETH.- El trabajo en que hallamos placer cura la pena que causa. ¡Esa es la puerta!

MACDUFF.- Me tomaré la libertad de entrar; es el servicio que me está encomendado. (Sale MACDUFF.)

LENNOX.- ¿Parte hoy el rey?

MACBETH.- Parece ser...; así lo ha dispuesto.

LENNOX.- ¡La noche ha sido terrible! Donde dormíamos, el viento ha derribado nuestras chimeneas; y dicen que se han oído lamentos en el aire⁶¹, extraños gritos de muerte, voces que profetizaban con acentos terribles grandes conmociones y confusos sucesos, para reproducirse de nuevo como en los tiempos de dolor. ¡El ave de las tinieblas⁶² ha gemido toda la noche! ¡Algunos aseguran que la tierra

ha tenido fiebre y ha temblado!...63

MACBETH.- ¡Ha sido una noche tremenda!

LENNOX.- ¡Mi tierna memoria no halla paralelo con otra semejante!

(Vuelve a entrar MACDUFF.)

MACDUFF.- ¡Oh, horror! ¡Horror! ¡Horror!... Ni la lengua ni el corazón pueden concebirte ni nombrarte!...

MACBETH, LENNOX.- ¿Qué sucede?

MACDUFF.- ¡La destrucción acaba de consumir su obra maestra! ¡El asesino más sacrílego ha profanado el templo del ungido del Señor64 y robado la vida del santuario!

MACBETH.- ¿Qué es lo que decís? ¿La vida?...

LENNOX.- ¿Habláis de Su Majestad?...

MACDUFF.- ¡Acercaos a la cámara y quedaréis ciegos ante la nueva Gorgona! ¡No me digáis que hable! ¡Id y hablad después vosotros mismos!...

(Salen MACBETH y LENNOX.)

¡Alerta!... ¡Alerta!... ¡Tocad la campana de alarma!... ¡Asesinato y traición!... Banquo y Donalbain!... ¡Malcolm!... ¡Alerta!...

¡Sacudid ese sueño engañoso, imagen de la muerte65, y mirad la muerte misma!... ¡Levantaos!... ¡Levantaos y ved la anticipación del juicio final!... ¡Malcolm! ¡Banquo! ¡Salid como de vuestras tumbas y corred lo mismo que espectros para contemplar este horror!... ¡Tocad la campana!...

(Suena la campana.)

(Entra LADY MACBETH.)

LADY MACBETH.- ¿Qué ocurre, que esa espantable trompeta66 llama a conferencia a los durmientes de esta casa? ¡Decid, decid!...

MACDUFF.- ¡Oh, gentil dama! ¡No conviene que entendáis lo que debo deciros! La repetición de mis palabras no podría resistirla oído de mujer... (Entra BANQUO.) ¡Oh, Banquo! ¡Banquo! ¡Ha sido asesinado nuestro real soberano!

LADY MACBETH.- ¡Desdicha! ¡Ay! ¡Y en nuestra casa!

BANQUO.- ¡Demasiado cruel, no importa dónde! Querido Duff67, contradícete, por favor, y di que no es cierto!...

(Vuelven a entrar MACBETH y LENNOX.)

MACBETH.- ¡He debido morir una hora antes de este suceso, y hubiera

terminado una vida dichosa!... Mas desde este instante no hay nada serio en el destino humano: todo es juguete; gloria y renombre han muerto. ¡El vino de la vida se ha esparcido, y en la bodega solo quedan las heces!...

(Entran MALCOLM y DONALBAIN.)

DONALBAIN.- ¿Qué, una desgracia?

MACBETH.- ¡Para vosotros, que la ignoráis! ¡El principio, el origen, la fuente de vuestra vida se ha acabado; el manantial mismo se secó!

MACDUFF.- Vuestro real padre ha sido asesinado.

MALCOLM.- ¡Oh! ¿Por quién?

LENNOX.- Por sus chambelanes, a lo que parece. Sus manos y caras llevaban la librea⁶⁸ de la sangre, así como sus puñales, que, sin limpiar, hallamos sobre sus cabeceras. Miraban fijamente y parecían atónitos. ¡Ninguna vida humana hubiera estado segura bajo su custodia!

MACBETH.- ¡Oh, me arrepiento de haberles dado muerte en mi furor!...

MACDUFF.- ¿Por qué lo habéis hecho?

MACBETH.- ¿Quién puede ser al mismo tiempo sabio e idiota, templado y furioso, leal e indiferente? ¡Nadie! El ímpetu de mi amor violento dejó atrás a la lenta razón. Aquí Duncan, tendido; su piel de plata galoneada con su sangre de oro, y sus anchas heridas abiertas, como una brecha natural para la entrada devastadora de la ruina. Allí, los asesinos, manchados en los colores de su profesión, con sus puñales groseramente emporcados de sangre coagulada... ¿Quién, dotado de un corazón para amar, y en ese corazón el coraje necesario para probar cómo se ama, se hubiera podido contener?...

LADY MACBETH.- ¡Ayudadme a salir de aquí! ¡Oh!...

MACDUFF.- ¡Atended a la señora!

MALCOLM.- (Aparte, a DONALBAIN.) ¿Por qué guardamos silencio cuando esta desgracia nos concierne más que a ninguno?

DONALBAIN.- (Aparte, a MALCOLM.) ¿Qué podríamos hablar aquí, donde nuestro destino, caído en una emboscada, nos sería fatal a los dos?⁶⁹ ¡Huyamos! ¡Nuestras lágrimas no han fermentado aún!

MALCOLM.- (Aparte, a DONALBAIN.) ¡Ni nuestra desesperación puede obrar con toda su fuerza!

BANQUO.- ¡Cuidad de la señora! (Se llevan a LADY MACBETH.) Y cuando hayamos cubierto nuestros desnudos, expuestos al frío, reunámonos y examinemos esta muy sangrienta obra de sangre para conocerla mejor. ¡Temores y recelos nos asaltan! Confío en la mano poderosa de Dios, y, por otro lado, estoy dispuesto a combatir los secretos designios de la traición criminal.

MACDUFF.- ¡Y yo también!

TODOS.- ¡Y todos nosotros!

MACBETH.- Vayamos en seguida a vestimos y reunámonos en el salón principal.

TODOS.- De acuerdo.

(Salen todos, excepto MALCOLM y DONALBAIN.)

MALCOLM.- ¿Qué decidís? ¡Nada de asociarnos con ellos! ¡Al hombre falso le es fácil afectar un dolor que no siente! ¡Parto para Inglaterra!

DONALBAIN.- ¡Y yo para Irlanda! Separadas nuestras suertes, nos protegerán mejor. ¡Aquí hay puñales en las miradas! El más cercano a nuestra sangre es el más cercano a verterla...

MALCOLM.- ¡La flecha lanzada por el asesino flota aún en el aire, y lo más seguro es evitar su puntería! ¡A caballo, pues! Y dejémonos de escrúpulos por esquivar el adiós. ¡Es lícito substraerse como un ladrón cuando no puede esperarse ninguna misericordia! (Salen.)

Escena IV

El mismo lugar. Dentro del castillo.

Entran ROSS y un ANCIANO.

ANCIANO.- A setenta años se remontan mis recuerdos, durante los cuales he presenciado horas terribles y extraños sucesos; pero esta tremenda noche reduce a nada cuanto he conocido.

ROSS.- ¡Ah, buen anciano, tú lo ves! Agitados los cielos por la acción de un hombre, amenazan su sangriento teatro. Según el reloj, es de día, y, sin embargo, la sombría noche apaga la lámpara viajera. ¿Es que reina la noche, o siente vergüenza el día, que las tinieblas cubren la cara de la difunta tierra, que un vivo resplandor debía acariciar?

ANCIANO.- Eso es sobrenatural, como lo que ha sucedido. El martes pasado, un halcón, que se remontaba orgulloso a lo más alto de las nubes, fue estrangulado por un búho, que sólo come ratones.

ROSS.- ¡Y los caballos de Duncan -cosa muy extraña, pero cierta-, tan hermosos y dóciles que eran las perlas de su raza, han cambiado de naturaleza, han roto sus pesebres, cocean y luchan con el freno, como si quisieran negarle obediencia al hombre!

ANCIANO.- ¡Se dice que se devoran unos a otros!

ROSS.- Así lo han hecho, con la estupefacción de mis ojos, que lo presenciaron. He aquí al buen Macduff. (Entra MACDUFF.) ¿Cómo va ahora el mundo, señor?

MACDUFF.- ¿Qué, no lo veis?

ROSS.- ¿Se sabe quién ha cometido ese crimen más que sangriento?

MACDUFF.- Los que mató Macbeth.

ROSS.- ¡Maldito día!... ¿Qué esperaban?

MACDUFF.- Fueron sobornados. Malcolm y Donalbain, los dos hijos del rey, han esquivado su presencia y huido, lo que les expone a sospechas.

ROSS.- ¡Otra cosa contranatural! ¡La ambición insensata, que devora así sus propios medios de vida! ¿Entonces es muy probable que la corona vaya a recaer en Macbeth?

MACDUFF.- Ya ha sido proclamado, y ha partido para Scone⁷⁰ a investirse.

ROSS.- ¿Dónde está el cuerpo de Duncan?

MACDUFF.- Ha sido transportado a Colmes-Kill⁷¹, el sagrado sepulcro de sus antecesores y guardián de sus restos.

ROSS.- ¿Iréis a Scone?

MACDUFF.- ¡No, primo; me marcho a Fife!⁷²

ROSS.- Bien; iré yo allá.

MACDUFF.- Perfectamente. Disponed las cosas para pasarlo bien.

¡Adiós! Y que nos sean nuestros vestidos nuevos menos incómodos que los viejos...

ROSS.- ¡Adiós, abuelo!

ANCIANO.- Que la bendición de Dios os acompañe y a todos los que deseen trocar en bien el mal y en amigos los enemigos.⁷³ (Salen.)

Acto III

Escena I

Forres. Salón en el palacio.

Entra BANQUO.

BANQUO.- ¡Ya lo eres, rey, Cawdor, Glamis, todo, como te prometieron las mujeres fatídicas; pero sospecho que representaste el papel de traidor! Sin embargo, ellas dijeron que el título no quedaría en tu prosperidad y que tan solo yo sería tronco y padre de una estirpe de reyes. Si la verdad salió de su boca, como lo prueba lo que te predijeron, ¿por qué, verídicas contigo, no podrían ser oráculos para conmigo y autorizar mis esperanzas?⁷⁴ ¡Pero, silencio; basta!

(Música. Entran MACBETH, en traje de rey; LADY MACBETH, vestida de reina; LENNOX, ROSS, señores, damas y acompañamiento.)

MACBETH.- Aquí está nuestro principal invitado.

LADY MACBETH.- Si le hubiéramos olvidado, nuestro festín carecería de todo su esplendor.

MACBETH.- Esta noche damos un solemne banquete, señor, y requerimos vuestra presencia.

BANQUO.- ¡Ordene Vuestra Alteza!75 Mi obediencia está unida con vos por un lazo indisoluble.

MACBETH.- ¿Montáis a caballo esta tarde?

BANQUO.- Sí, buen señor.

MACBETH.- Hubiéramos deseado vuestro parecer en el consejo de hoy, pues siempre es atinado; pero le aplazaremos para mañana. ¿Iréis muy lejos?

BANQUO.- Bastante lejos, señor, para hacer tiempo hasta la hora de cenar. Si mi caballo fuera remolón, pediría prestadas una o dos horas a la obscura noche.

MACBETH.- No faltéis a nuestra fiesta.

BANQUO.- Señor, no faltaré.

MACBETH.- Hemos sabido que nuestros sanguinarios primos se han refugiado el uno en Inglaterra y el otro en Irlanda. No confiesan su cruel parricidio, pero llenan los corazones de los que les escuchan76 de extrañas historias... Mañana hablaremos de eso77, al tiempo que de otros asuntos de Estado que reclaman la presencia de todos. ¡Vaya, a caballo! Adiós, hasta vuestro retorno esta noche.

¿Os acompaña Fleance?

BANQUO.- Sí, buen señor; nos urge el tiempo.

MACBETH.- Os deseo caballos ligeros y seguros y os recomiendo a sus grupas. ¡Adiós!78.

(Sale BANQUO.)

Que cada uno sea dueño de su tiempo hasta las siete. Para que la reunión nos resulte luego más agradable, nos quedamos solos hasta la cena. Hasta entonces, ¡Dios os guarde!

(Salen LADY MACBETH, damas, señores, etc.)

(A un CRIADO.) ¡Pícaro, una palabra! ¿Están ahí esos?

CRIADO.- Ahí están, mi señor, a la puerta del palacio.

MACBETH.- Conducélos ante nuestra presencia.

(Sale el CRIADO.)

¡Serlo así no es nada; hay que serlo con tranquilidad! Nuestros temores sobre Banquo son profundos, y en su aspecto de soberanía veo justos motivos de miedo. Su audacia no reconoce límites, y al temple

indomable de su alma aún la prudencia, que guía a su valor para obrar con éxito. No existe nadie a quien yo tema, excepto él; y mi genio se intimida ante el suyo⁷⁹, como, según se dice, se intimidaba Marco Antonio ante César⁸⁰. Él increpó primero a las brujas cuando me dieron el título de rey, y las obligó a hablar. Entonces, proféticamente, le saludaron como a padre de una línea de reyes. Sobre mi cabeza han ceñido ellas una corona infructífera y me han dado a empuñar un cetro estéril, que me arrancará una mano extraña, pues no tengo nadie que me suceda. Si ello es así, para la posteridad de Banquo mancillé mi alma⁸¹, para ella asesiné al bondadoso Duncan, para ella sola vertí el odio en el cáliz de mi paz; y he entregado la joya de mi vida eterna al enemigo común del género humano, por hacerlos reyes, ¡por hacer reyes a los hijos de Banquo!... ¡Antes que eso, ven, Destino, desciende al palenque y luchemos tú y yo hasta morir!... ¿Quién va?...

(Vuelve a entrar el CRIADO, con dos asesinos.)

(Al CRIADO.) ¡Quédate, mientras, en la puerta hasta que avisemos!

(Sale el CRIADO.)

¿No fue ayer cuando hablamos?

ASESINO 1º.- Ayer fue, si place a Vuestra Alteza⁸².

MACBETH.- ¡Muy bien! ¿Habéis considerado mis razones? Sabed que fue él y no mi inocente persona, como creísteis, quien os tuvo oprimidos en otro tiempo. Ya os lo demostré en nuestra pasada entrevista. Os probé punto por punto cómo fuisteis engañados, cómo os persiguió, los instrumentos de que se había valido y mil cosas más que harían exclamar a quien no fuera idiota o tuviera la cabeza trastornada:

«He aquí la obra de Banquo.»

ASESINO 1º.- Nos lo habéis hecho conocer.

MACBETH.- Os lo hice y os haré más, pues vamos ahora al objeto de nuestra segunda entrevista. ¿Predomina de tal modo en vosotros la paciencia que toleraréis estas cosas? ¿Sois de una mansedumbre tan evangélica⁸³ que rogaréis por ese hombre de bien y por su raza⁸⁴, cuando con mano dura os ha empujado hacia el sepulcro y reducido a la más extremada mendicidad?⁸⁵

ASESINO 1º.- ¡Somos hombres, monseñor!⁸⁶

MACBETH.- Sí, en el catálogo pasáis por hombres, igual que los galgos, podencos, lebreles, mastines, perdigueros, de agua y de presa, llevan el nombre de perros: un tanto alzado distingue, no obstante, al perro ágil, al perezoso, al sutil, al cazador, al guardador de la casa, cada uno según las cualidades que la bienhechora Naturaleza les ha departido, y que les hace recibir un título particular en la lista donde todos son comúnmente inscriptos. Ahora, si figuráis en un puesto que no es el último en la clasificación humana, decidlo, y yo os confiaré un proyecto cuya ejecución suprime vuestro enemigo y os asegura nuestro afecto y agradecimiento, pues consolidaréis mi salud, que peligra con su vida

y no será completa hasta su muerte.

ASESINO 2º.- Soy un individuo, monseñor, tan irritado por las cobardías y vilezas del mundo, que haría cualquier cosa por vengarme de él.

ASESINO 1º.- Y yo otro, tan aniquilado por las desgracias y perseguido por la mala suerte, que jugaría mi vida a tal o cual azar para mejorarla o sucumbir.

MACBETH.- Los dos lo sabéis: Banquo ha sido vuestro enemigo...

ASESINO 2º.- ¡Cierto, mi señor!

MACBETH.- ¡También el mío, y en tal distancia sangrienta, que cada minuto de su ser es un golpe de puñal al corazón mismo de mi vida! Y aunque con mi autoridad pudiera a cara descubierta barrerle de mi vista, sin otra excusa que mi voluntad soberana, no me conviene hacerlo, por consideración a ciertos amigos suyos, que también lo son míos, cuyo afecto no quiero perder y ante los que debo llorar la caída del que derribo. Por eso he recurrido a vuestra ayuda, para disimular el asunto ante la opinión pública por varias razones de peso.

ASESINO 2º.- ¡Ejecutaremos, señor, cuanto nos mandéis!

ASESINO 1º.- ¡Aunque nuestras vidas!...

MACBETH.- ¡Veo iluminarse vuestro ardor! Dentro de una hora, a lo sumo, os indicaré el lugar donde debéis apostaros y os informaré del momento preciso de obrar. Es necesario que quede hecho esta noche y a cierta distancia del palacio, advirtiéndooos bien que yo debo aparecer puro de toda sospecha. Y os encargo igualmente que -sin dejar señal ni rastro en la obra Fleance, su hijo, que le acompaña, y cuya desaparición me es tan esencial como la de su padre, comparta la suerte de esta hora fatal. Consultaos aparte entre los dos. Yo seré con vosotros en seguida.

ASESINO 2º.- ¡Estamos decididos, mi señor!

MACBETH.- Os llamaré muy pronto. Permaneced dentro... Esto está arreglado. ¡Banquo, si tu alma ha de hallar el cielo, lo hallará esta noche! (Salen.)

Escena II

El mismo lugar. Otro salón.

Entran LADY MACBETH y un CRIADO.

LADY MACBETH.- ¿Ha salido Banquo del palacio?

CRIADO.- Sí, señora; pero volverá esta noche.

LADY MACBETH.- Ve a decirle al rey que deseo hablarle unas

palabras...

CRIADO.- Voy, señora. (Sale el CRIADO.)

LADY MACBETH.- Nada se gana; al contrario, todo se pierde cuando nuestro deseo se realiza sin satisfacernos. ¡Vale más ser la víctima que vivir con el crimen en una alegría preñada de inquietudes!

(Entra MACBETH.)

¿Qué hay, mi señor? ¿Por qué siempre solo, acompañándoos de tristes pensamientos y acosado por ideas que debieron morir con los que las engendraron? Debe darse al olvido lo que no tiene remedio. Lo hecho, hecho está.

MACBETH.- Es que dimos un corte⁸⁷ a la serpiente; pero no la hemos matado; cerrará y volverá a ser la misma, amenazando nuestra mísera maldad con su diente venenoso. Pero, ¡desbarátese la máquina del universo, desquiciense ambos mundos, antes que seguir comiendo con temor y dormir en la aflicción de esos terribles sueños que nos agitan de noche! ¡Más vale yacer con el difunto, a quien por ganar la paz enviamos a la paz, que vivir así, sobre el potro de tortura del espíritu, en una angustia sin tregua! Duncan está en su fosa, y tras las convulsiones febriles de la vida, duerme profundamente. La traición fue para él lo peor⁸⁸. ¡Ni el acero, ni el veneno, ni los temores internos, ni la invasión extranjera, nada puede alcanzarle ya!

LADY MACBETH.- Dulce dueño mío, desarrugad vuestra tersa frente; apareced esta noche radiante y jovial ante nuestros convidados.

MACBETH.- Lo haré, amor mío, y hacedlo vos también. Que vuestras atenciones se dirijan a Banquo. Conferidle la preferencia con vuestras palabras y miradas. ¡Triste necesidad que debamos por prudencia lavar nuestros honores en los torrentes de la adulación y hacer de nuestras caras máscaras⁸⁹ de nuestros corazones para ocultar lo que son!...

LADY MACBETH.- ¡Dad eso al olvido!

MACBETH.- ¡Oh, mi alma está llena de escorpiones, esposa querida!⁹⁰ Tú sabes que Banquo y Fleance viven...

LADY MACBETH.- Pero no serán copias eternas de la naturaleza.

MACBETH.- Eso me conforta, que son vulnerables. Por tanto, ¡alégrate!... Antes que el murciélago haya cumplido su vuelo claustral; antes que al llamamiento de la negra Hécate los élitros del escarabajo den con su zumbido soporífero la señal de los bostezos de la noche, se habrá cumplido aquí una acción de siniestra memoria.

LADY MACBETH.- ¿De qué se trata?

MACBETH.- Que tu inocencia lo ignore, queridísima paloma⁹¹, hasta el momento de aplaudirlo... ¡Ven, noche ojeadora!... Venda los tiernos ojos del lastimero día, y con tu sangrienta e invisible mano desgarras y reduce a jirones ese último vínculo que sostiene mi palidez!... ¡La luz agoniza, y el cuervo vuela hacia el bosque, donde tiene su nido!... ¡Las bellezas del día desfallecen, mientras los negros agentes de la noche se abalanzan sobre su presa!... ¡Te

asombran mis palabras!... ¡Calla!... ¡Es que las obras del mal sólo se afianzan con el mal! ¡Ven, ven conmigo!...92 (Salen.)

Escena III

El mismo lugar. Parque con una puerta que conduce al palacio.

Entran tres asesinos.

ASESINO 1º.- Pero ¿quién te ha mandado que vengas con nosotros?93

ASESINO 3º.- Macbeth.

ASESINO 2º.- No tenía motivos para desconfiar después de habernos encargado nuestro oficio, que cumpliremos con una precisión perfecta.

ASESINO 1º.- Está bien, quédate con nosotros. Todavía se distinguen algunos arreboles al occidente. El viajero rezagado espolea ya su cabalgadura para ganar la oportuna posada, y andará cerca el que esperamos...

ASESINO 3º.- ¡Escuchemos! Oigo caballos...

BANQUO.- (Dentro.) ¡Una luz aquí!94 ¡Hola!

ASESINO 2º.- ¡Él es sin duda! Todos los demás invitados están ya dentro del palacio.

ASESINO 1º.- Sus caballos vuelven atrás.

ASESINO 3º.- Casi una milla; pero es la costumbre; como todos los otros, desde aquí marcharán a pie hasta la puerta del palacio.

(Entran BANQUO y FLEANCE, con una antorcha.)

ASESINO 2º.- ¡Una luz! ¡Una luz!

ASESINO 3º.- ¡Él es!

ASESINO 1º.- ¡Atención!

BANQUO.- Habrá lluvia esta noche.

ASESINO 1º.- ¡Que caiga!

(Asaltan a BANQUO.)

BANQUO.- ¡Oh, traición!...95 ¡Huye, buen Fleance, huye, huye, huye!
¡Tú me podrás vengar!... ¡Oh, miserable!...

(Muere. FLEANCE se escapa.)

ASESINO 3º.- ¿Quién apagó la luz?
ASESINO 1º.- ¿No era el mejor camino?
ASESINO 3º.- ¡No ha caído más que uno! El hijo huyó.
ASESINO 2º.- ¡Hemos perdido la mejor mitad del negocio!
ASESINO 1º.- Bien, marchémonos y demos cuenta de lo hecho. (Salen.)

Escena IV

Gran sala en el palacio. Un banquete preparado. Entran MACBETH, LADY MACBETH, ROSS, LENNOX, SEÑORES y acompañamiento.

MACBETH.- Sabéis vuestros rangos; tomad asiento. Desde el primero al último, mi cordial bienvenida.

SEÑORES.- ¡Gracias a vuestra majestad!

MACBETH.- Nos mezclaremos entre la reunión, haciendo el papel de simple invitado. Nuestra huésped ocupará su sitio de honor; pero en momento oportuno le pediremos su bienvenida⁹⁶.

LADY MACBETH.- Dádsela por mí, señor, a todos nuestros amigos, pues mi corazón declara que ellos son los bienvenidos⁹⁷.

MACBETH.- Mira, las gracias de su corazón van a tu encuentro... Los dos lados son iguales. Tomaré asiento en medio. Regocijaos libremente. En seguida echaremos un trago a tabla redonda.

(Entra el ASESINO 1.º, quedando a la puerta.)

Tienes sangre en tu cara.

ASESINO.- Es de Banquo.

MACBETH.- Entonces mejor está en tu cara que en sus venas. ¿Fue despachado?

ASESINO.- Señor, le corté el pescuezo. Esto hice por él.

MACBETH.- Eres el mejor cortapescuezos; sin embargo es bueno el que se lo haya cortado a Fleance. Si fuiste tú, eres el ideal.

ASESINO.- Real señor, Fleance se escapó.

MACBETH.- ¡He aquí mis fiebres que vuelven! Hubiera quedado tranquilo, compacto como el mármol, firme como la roca, sin trabas, tan libre como el aire ambiente. Pero así, me veo oprimido, encadenado y agarrotado a mis medios y dudas insolentes... Pero ¿Banquo está seguro?

ASESINO.- Sí, buen señor; seguro en el fondo de una zanja, con veinte heridas en la cabeza, la menor de las cuales le hubiera quitado la vida.

MACBETH.- Gracias por eso. La víbora queda aplastada; el viborezno⁹⁸, que ha huido, vendrá más tarde; pero por ahora carece

de dientes. Vete. Volveremos a hablar mañana.

(Sale el ASESINO.)

LADY MACBETH.- Mi real señor, no dais un ejemplo de alegría. Toda fiesta se agua si el que la ofrece no muestra a cada instante que la ofrece con gusto. Si no, el invitado prefiere quedarse en su casa. De otra parte, los agasajos son el mejor condimento, y toda reunión sin ellos parece desierta.

MACBETH.- ¡Dulce consejera!... Vamos, que una buena digestión secunde el apetito, y salud a los dos.

LENNOX.- ¿Tiene la bondad de sentarse Vuestra Alteza?

(Entra el espectro de BANQUO y se sienta en el sitio de MACBETH.)

MACBETH.- ¡La honra de nuestro país se hallaría aquí completa si estuviera presente la graciosa persona de nuestro Banquo, a quien más quiero culpar de negligente que deplorar por una desgracia!

ROSS.- Su ausencia, señor, inflige un vituperio a su promesa... ¿Se digna honrarnos Vuestra Alteza con su real compañía?

MACBETH.- Toda la mesa está ocupada⁹⁹.

LENNOX.- Aquí tenéis reservado un sitio, señor.

MACBETH.- ¿Dónde?...

LENNOX.- Aquí, buen señor... ¿Qué es lo que turba a Vuestra Alteza?

MACBETH.- ¿Quién de vosotros ha hecho esto?

SEÑORES.- ¿Qué, buen señor?

MACBETH.- ¡Tú no puedes decirme que yo he sido!... ¡No agites contra mí tu ensangrentada cabellera!...

ROSS.- ¡Señores, levantaos; Su Alteza está indispuesto!

LADY MACBETH.- ¡Quietos, dignos amigos! Mi señor padece eso a menudo desde su juventud. ¡Os ruego que os sentéis! El trance es momentáneo; un instante y vuelve en sí. Si reparáis mucho en él, le ofenderéis y aumentaréis su mal. Comed, y no hagáis caso... - ¡Y sois hombre!...

MACBETH.- ¡Sí, y tan atrevido, que osa mirar cara a cara lo que espantaría al diablo!...

LADY MACBETH.- ¡Oh, vana jactancia! Esa es una visión creada por vuestro miedo. Es el puñal aéreo que, según me dijisteis, os guiaba hacia Duncan. ¡Oh, esos sobresaltos y estremecimientos -parodia de un terror verdad- cuadrarían muy bien en un cuento de comadres, citado junto al hogar, en invierno, con la aprobación de la abuela!... ¡La vergüenza misma!... ¿Por qué hacéis tales gestos? ¡Después de todo, no miráis más que a una silla!...

MACBETH.- ¡Por favor, ve allí! ¡Anda! ¡Mira, mira! ¿Qué dices ahora? ¡Qué! ¿Me importa? -¡Si puedes mover la cabeza, habla también!... ¡Si los cementerios y sus tumbas nos devuelven a los que enterramos, nuestros sepulcros serán los vientres de los buitres!...100

(Desaparece el espectro.)

LADY MACBETH.- ¡Qué! ¿La locura te ha exhombrado?¹⁰¹

MACBETH.- ¡Como estoy aquí, que le he visto!

LADY MACBETH.- ¡Quita allá! ¡Qué vergüenza!...

MACBETH.- ¡No es de ahora el derramar sangre! Se vertió en antiguos tiempos, cuando las leyes humanas no habían dulcificado las costumbres. Y aun después se cometieron asesinatos, cuyo relato aterra los oídos... Hubo un tiempo en que, saltados los sesos, el hombre moría y allí daba fin todo. Pero ahora, los muertos resucitan con veinte heridas mortales en la cabeza y nos arrojan de nuestros asientos... ¡Y esto es más extraño que el crimen mismo!

LADY MACBETH.- Mi digno señor, vuestros nobles amigos os reclaman...

MACBETH.- Lo había olvidado... No reparéis en mí, mis muy dignos amigos. Padezco una extraña dolencia, sin importancia para los que me conocen¹⁰². ¡Vamos, salud y amistad a todos! Voy a sentarme. Servidme vino. ¡Llenad hasta los bordes!... (Aparece el espectro.) ¡Brindo por la alegría general de toda la mesa y por nuestro querido amigo Banquo, que nos falta! ¡Pluguiera a Dios que llegase!... ¡Por vosotros, por él! ¡Brindo por todos y para todos!...

SEÑORES.- ¡Saludamos, rendidos!

MACBETH.- ¡Atrás y apártate de mi presencia!... Que la tierra te esconda! ¡Tus huesos son huecos! ¡Helada está tu sangre! ¡No tienes mirada en esos ojos que deslumbran!...

LADY MACBETH.- No veáis en esto, nobles pares, sino una cosa habitual; no es nada más. Solo que enturbia el placer del momento.

MACBETH.- ¡Me atrevo a cuanto se atreva un hombre! ¡Acércate bajo la forma de un oso de Rusia¹⁰³, del rinoceronte armado o del tigre de Hircania!¹⁰⁴ ¡Toma cualquier forma menos esa, y no temblarán mis firmes nervios, o recobra la vida y desafíame en el desierto con tu espada, y si entonces me quedo en casa temblando, proclámame la muñeca de una muchacha!... ¡Fuera de aquí, sombra horrible!...

(Desaparece el espectro.) ¡Vano fantasma, fuera!... Bien; así... Se fue... Vuelvo a ser hombre. Sentaos, os lo ruego.

LADY MACBETH.- Habéis nublado el contento, destruyendo la plácida reunión con unos extravíos que asombran a todos.

MACBETH.- ¿Pueden caer tales prodigios sobre nuestras cabezas, como nube de verano, sin provocar la estupefacción? Me hacéis dudar de mi propio valor, cuando veo que podéis contemplar semejantes espectáculos y conservar el carmín natural de vuestras mejillas, mientras las mías emblanquecen de miedo.

ROSS.- ¡Qué espectáculos, señor!

LADY MACBETH.- ¡Os suplico que no le habléis! Va de mal en peor. Toda pregunta le exaspera. Por consiguiente, ¡buenas noches! No os preocupéis por vuestros rangos, y salid en seguida...

LENNOX.- ¡Buenas noches y mejórese Vuestra Majestad!

LADY MACBETH.- ¡Buenas noches a todos!

(Salen los SEÑORES y la comitiva.)

MACBETH.- ¡Lo quiere la sangre, dicen! ¡La sangre llama a la sangre!105 ¡Se ha visto moverse a las piedras y a los árboles hablar! Augures han revelado secretos, y por la voz de los cuervos, urracas y cornejas han denunciado al asesino más oculto... ¿Cómo va la noche?

LADY MACBETH.- En lucha con la mañana, mitad por mitad.

MACBETH.- ¿Qué piensas de Macduff, que rehúsa rendirse a nuestra solemne invitación?

LADY MACBETH.- ¿Le mandasteis llamar, señor?

MACBETH.- Sé que se niega a venir; pero enviaré a alguno. No hay casa suya donde no tenga yo un espía. Mañana -y ha de ser temprano- iré a visitar a las hermanas fatídicas. Necesito que me digan más, porque ahora estoy resuelto a saber lo peor por los peores medios. ¡Es preciso que todo ceda ante mí! He ido tan lejos en el lago de la sangre, que, si no avanzara más, el retroceder sería tan difícil como el ganar la otra orilla. Siento en la cabeza extrañas cosas que quieren pasar a mi mano y que hay que cumplir antes que se mediten.

LADY MACBETH.- Tenéis necesidad de lo que condimenta la naturaleza humana: el sueño.

MACBETH.- ¡Ven, vámonos a dormir! La extraña ilusión que me he forjado es un miedo novel que desaparecerá con la práctica! ¡Somos todavía novicios en la acción!...106 (Salen.)

Escena V

La llanura. Truenos107.

Entra HÉCATE, hallando a las tres brujas.

BRUJA 1ª.- ¡Bien! ¿Qué hay, Hécate? ¿Estáis irritada?

HÉCATE.- ¿No tengo razón, brujas como sois, insolentes y audaces? ¿Cómo habéis osado comerciar y traficar con Macbeth en enigmas y asuntos de muerte, y yo, la dueña de vuestros encantamientos, el agente secreto de todos los males, nunca he sido llamada a participar o manifestar la gloria de nuestro arte? Y lo que es peor: cuanto habéis hecho no ha sido sino en favor de un hijo caprichoso, despechado e iracundo, que, como los otros, no os ama por vosotras mismas, sino por sus propios fines. Reparad, pues, vuestras faltas, retiraos, y esperadme mañana en las cavernas de Aqueronte108, donde

él acudirá para conocer su destino. Preparad filtros, vuestros sortilegios, vuestros encantos y todas las demás cosas. Me remontaré en los aires, y emplearé esta noche en la realización de un designio fatal. Antes de las doce se ha de consumir un gran acontecimiento. De la punta del cuerno de la Luna pende una gota de vapor¹⁰⁹, de misteriosa virtud. Yo la recogeré antes de que caiga sobre la tierra, y, destilada por artificios mágicos, hará surgir artificiales espíritus que, por la fuerza de su ilusión, le precipitarán a su ruina. Despreciará el hado, se mofará de la muerte y llevará sus esperanzas por encima de la sabiduría, la piedad y el temor. Y vosotras lo sabéis: la confianza es el mayor enemigo de los mortales. (Canción dentro: «Venid, venid», etc.)¹¹⁰ ¡Escuchad! Me llaman. Ved: mi pequeño duende cabalga en una brumosa nube y me reclama. (Sale.)

BRUJA 1ª.- Venid, vayámonos pronto. No tardará en volver. (Sale.)

Escena VI

Forres. Salón en el palacio.

Entran LENNOX y otro SEÑOR.

LENNOX.- Mis precedentes palabras no han hecho más que corroborar vuestros pensamientos, que pueden ir más lejos de la interpretación. Añadiré tan solo que las cosas se han conducido de un modo extraño. El gracioso Duncan ha sido lamentado por Macbeth... ¡Pardiez¹¹¹, estaba muerto!... En cuanto al valiente Banquo, paseó demasiado tarde... Podéis decir, si os place, que lo asesinó Fleance, pues Fleance ha huido... No es conveniente pasearse demasiado tarde... ¿Quién no puede tener el pensamiento de que Malcolm y Donalbain, matando a su excelente padre, cometieron una acción monstruosa? ¡Crimen execrable!... ¡Que aflige a Macbeth!... ¿No traspasó en su piadosa rabia a los dos delincuentes, esclavos de la borrachera y cautivos del sueño? ¿No fue una noble acción? Sí, y prudente también; pues de haber negado estos hombres el hecho, nadie hubiera podido contenerse. En resumen: quiero decir que él ha dispuesto bien las cosas, y pienso que si tuviera bajo su llave a los hijos de Duncan -lo que no permitirá el cielo-, sabrían lo que es matar a un padre, y Fleance también. Pero ¡silencio!... Pues a causa de palabras imprudentes y por olvidarse de asistir a la fiesta del tirano, sé que Macduff ha caído en desgracia. Señor, ¿podéis decirme dónde se ha refugiado?

SEÑOR.- El hijo de Duncan -cuyo tirano detenta su legítimo derecho-

vive en la corte de Inglaterra, donde el muy piadoso Eduardo¹¹² le recibió tan favorablemente, que la malevolencia de la fortuna no le ha privado de la alta distinción que merece. Allí ha ido Macduff a suplicar al santo rey que le presten ayuda Northumberland y el belicoso Siward¹¹³, a fin de que, gracias a su socorro -y al del Altísimo, que ratificará la obra-, podamos restituir el alimento a nuestras mesas, el sueño a nuestras noches, liberar nuestras fiestas y banquetes de puñales sangrientos, rendir legítimos homenajes y recibir libremente honores, todas aquellas cosas por que suspiramos hoy día. Esta noticia ha exasperado de tal modo al rey, que está haciendo preparativos de guerra.

LENNOX.- ¿Y ha mandado a Macduff que se presente?

SEÑOR.- Sí, y con un absoluto «señor, no», el siniestro mensajero volvió la espalda, como si dijera: «Os pesará el momento en que me embarace esta contestación.»

LENNOX.- Y cuyo aviso le habrá sido prudente para guardar la distancia que la previsión pondrá a su alcance. ¡Que algún santo ángel vuele a la corte de Inglaterra, y emplee su misión¹¹⁴ antes que él llegue, con objeto de que una pronta bendición recaiga sobre nuestro país, que sufre bajo una mano maldita!

SEÑOR.- ¡Mis plegarias le acompañen! (Salen.)

Acto IV

Escena I

Una caverna oscura. En el centro, una caldera en ebullición.
Truenos.

Entran las tres brujas.

BRUJA 1.^a¹¹⁵

Tres veces el gato listado maulló.

BRUJA 2.^a

Tres y una el erizo a lamentos implora.

BRUJA 3.^a

La arpía ha gritado: «¡Ya es hora, ya es hora!»

BRUJA 1.^a

Giremos en torno de la ancha caldera,
y cuaje los filtros de la roja lumbrera.
Oculto alacrán que en las peñas sombrías
sudaste veneno por treinta y un días,
sé tú quien se cueza de todos primero
al fuego del bodrio que dora el caldero.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA 2.^a

Echemos el lomo de astuta culebra;
su unión con el caldo el infierno celebra;
garguero de buitre y de vil renacuajo;
alas de murciélago, pies de escarabajo,
ojos de lagarto, lengua de mastín,
plumas de lechuza y piel de puercoespín.
Así nuestro hechizo, y al hado le pese,
desgracias y horrores igual contrapese.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA 3.^a

Colmillos de lobo, fauces de dragón,
humores de momia, hiel de tiburón,
sacrílegas manos de infame judío,
infectas entrañas de macho cabrío,
raíz de cicuta de noche cogida
-que en la extraña mezcla será bien venida-;
abeto tronchado con luna eclipsada;
de tártaro, labios; de turco, quijada;
los dedos de un niño ahogado al nacer
y echado en un pozo por mala mujer.

Con todo esto el caldo comience a cocer.
Y para pujanza del filtro hechicero,
añádanse tripas de tigre al caldero.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA 2.^a

Con sangre de mono enfriará el caldo impuro;
lanzadla en el bodrio y acabó el conjuro.

(Entran HÉCATE y las otras tres brujas.)

HÉCATE116

¡Muy bien! Agradezco el trabajo emprendido.
La reina ha de daros el premio ofrecido.
Y ahora, todas juntas, al son del hervor,
como hadas y silfos cantad en redor,
y tenga este filtro su poder mayor.

(Música y canto:)

«Espíritus negros»117, etc.
(Sale HÉCATE.)

BRUJA 2.^a

Por el picor de mis dedos
noto que llega el infame.
¡Cerrojos, puertas, abríos,
llame quien llame!118

(Entra MACBETH.)

MACBETH

Siniestras, torvas, misteriosas brujas,

negros fantasmas de la media noche,
¿qué estáis haciendo?119

TODAS

¡Una obra sin nombre!...

MACBETH.- ¡Pues por ese poder de que os jactáis, cuya procedencia ignoro, os conjuro a que me contestéis! Aunque tengáis que desatar los huracanes y lanzarlos contra las iglesias; aunque las espumosas olas confundan y traguen las embarcaciones; aunque se marchiten los trigos en cierne y se arranquen de cuajo los árboles; aunque los castillos se desplomen sobre sus dueños; aunque los palacios y las pirámides junten su base con su cumbre; aunque rueden revueltos el Sol y la Luna y los gérmenes todos de la Naturaleza, hasta agotar la misma destrucción, respondedme!

BRUJA 1ª.- Habla.

BRUJA 2ª.- Pregunta.

BRUJA 3ª.- Contestaremos.

BRUJA 1ª.- Di, ¿prefieres oírlo de nuestros labios, o de nuestros superiores?

MACBETH.- ¡Evocadlos, que los vea!

BRUJA 1ª.- Mezclemos sangre de cerda que haya devorado sus nueve lechoncillos con grasa exudada por la cuerda de un ahorcado, y vertámoslo todo en el fuego.

TODAS

¡Muéstrate, espíritu, muéstrate en tu ser!

¡Muéstrate, espíritu, muestra tu poder!120

(Truenos. Aparición de una cabeza cubierta con un casco121.)

MACBETH.- ¡Dime, poder desconocido!...

BRUJA 1ª.- Sabe lo que piensas. Escucha y calla.

APARICIÓN.- ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Guárdate de Macduff!
¡Guárdate del thane de Fife! ¡Dejadme!... ¡Basta! (Desciende.)

MACBETH.- Quienquiera que seas, gracias por tu buen consejo.
Heriste las cuerdas de mi temor. ¡Pero una palabra todavía!...

BRUJA 1ª.- No admite mandatos... He aquí otro más poderoso que el primero.

(Truenos. Aparición de un niño ensangrentado122.)

APARICIÓN.- ¡Macbeth! ¡Macbeth! ¡Macbeth!...

MACBETH.- ¡Tres oídos que tuviera, con los tres te escucharía!...

APARICIÓN.- ¡Sé sanguinario, valiente y atrevido! Búrlate del poder del hombre, pues ninguno dado a luz por mujer puede dañar a Macbeth! (Desciende.)

MACBETH.- ¡Vive entonces, Macduff! ¿Qué puedo temer de ti? Pero me aseguraré y será la mejor garantía del Destino. ¡No vivirás, para decirle al temor de corazón pálido que mintió y dormir a despecho del trueno!

(Truenos. Aparición de un niño coronado, con una rama en su diestra¹²³.)

¿Quién es ese que se eleva, parecido al descendiente de un rey, y que ciñe sobre sus sienes de niño la corona y emblema de la soberanía?

TODAS.- Escucha y no hables.

APARICIÓN.- Sé como el león; ten arrogancia, y no te cuides de lo que proteste, se agite o conspire contra ti. Macbeth no será nunca vencido hasta que el gran bosque de Birnam¹²⁴ suba marchando para combatirle a la alta colina de Dunsinane. (Desciende.)

MACBETH.- ¡Jamás eso será! ¿Quién puede movilizar un bosque ni mandar al árbol que arranque su raíz del seno de la tierra? ¡Gratas predicciones! ¡Bien! ¡No alces la cabeza, rebelión, hasta que ande el bosque de Birnam, y nuestro gran Macbeth vivirá en todo su esplendor el plazo de naturaleza, pagando su tributo en el tiempo y costumbre mortal!... Pero mi corazón ansía saber otra cosa. Decidme -si vuestro arte alcanza a tanto-, ¿la estirpe de Banquo reinará en este país?

TODAS.- No pretendas saber más.

MACBETH.- ¡Quiero quedar satisfecho! ¡Negádmelo y una eterna maldición caiga sobre vosotras! ¡Que lo sepa!... ¿Por qué se hunde esa caldera y qué música¹²⁵ es esa?

(Oboes.)

BRUJA 1ª.- ¡Mostraos!

BRUJA 2ª.- ¡Mostraos!

BRUJA 3ª.- ¡Mostraos!

TODAS

¡Mostraos a sus ojos¹²⁶ y su alma entristeced!

¡Venid, y cual sombras, desapareced!

(Aparecen ocho reyes¹²⁷, que cruzan la escena en orden; el último, con un espejo en la mano. BANQUO los sigue.)

MACBETH.- Eres muy parecido al espectro de Banquo. ¡Aléjate! ¡Tu corona calcina mis pupilas!... ¡Y tu cabellera, ceñida de otro círculo de oro, es como la del primero!... ¡Un tercero como el anterior!... ¡Infames brujas! ¿Por qué me mostráis esto?... ¡Un cuarto!... ¡Saltad, ojos! ¡Qué! ¿La línea se extiende hasta el estallido del juicio final?... ¡Otro todavía!... Un séptimo!... ¡No quiero ver más!... ¡Y aun aparece el octavo, que lleva un espejo donde me muestra muchos más! ¡Y algunos miro que llevan dobles coronas y triples cetros!...128 ¡Horrible visión!... Ahora lo comprendo; es verdad, pues el ensangrentado Banquo me sonrío, señalándome como de su linaje... ¿Qué, eso es así?

BRUJA 1ª.- Sí, señor; todo es así; pero, ¿por qué Macbeth se queda tan estupefacto? Venid, hermanas; alegremos su espíritu y mostrémosle el mejor de nuestros divertimientos. Voy a hechizar el aire para que surja una música mientras formáis vuestro antiguo corro. Que este gran rey pueda decir amablemente que nuestros homenajes han festejado su vida.

(Música. Las brujas danzan y se desvanecen.)

MACBETH.- ¿Dónde están?... ¿Desaparecieron? ¡Que esta hora funesta quede maldita en el calendario!... ¡Venid, aquí dentro!

(Entra LENNOX.)

LENNOX.- ¿Qué desea Vuestra Gracia?

MACBETH.- ¿Visteis a las hermanas fatídicas?

LENNOX.- No, señor.

MACBETH.- ¿No pasaron por vuestro lado?129

LENNOX.- De veras que no, señor.

MACBETH.- ¡Que se corrompa el aire donde cabalgan, y maldito quien crea en ellas!... Me ha parecido oír galopar de caballos. ¿Llegó alguien?

LENNOX.- Dos o tres, señor, con la noticia de que Macduff ha huido a Inglaterra.

MACBETH.- ¿Que ha huido a Inglaterra?

LENNOX.- Sí, buen señor.

MACBETH.- ¡Tiempo, frustras mis terribles empresas! Los proyectos fugitivos nunca se alcanzan, a menos que los acompañe la acción.

Desde este momento las primicias de mi corazón serán las primicias de mi mano. Y, por lo tanto, para que los actos coronen mi pensamiento de que lo que se diga se haga, sorprenderé el castillo de Macduff, tomaré Fife y pasaré a filo de espada a su mujer, a sus hijos y a todos los desgraciados que pertenezcan a su raza. ¡Nada de fanfarronadas! ¡El acto se consumará antes de enfriarse la intención! ¡Pero no más visiones!... ¿Dónde están esos caballeros? ¡Venid, llevadme adonde se encuentren!

Escena II

Fife. -Salón en el castillo de MACDUFF130.

Entran LADY MACDUFF, su HIJO y ROSS.

LADY MACDUFF.- ¿Qué había hecho que le obligara a huir de su país?

ROSS.- Tened paciencia, señora.

LADY MACDUFF.- No la tuvo él. Su fuga ha sido una locura. Porque ya que no nuestros actos, nuestros temores serían los que nos acusaran de traición.

ROSS.- Ignoráis qué haya sido, si prudencia o temor.

LADY MACDUFF.- ¡Prudencia! ¿Abandonar a su mujer, abandonar a sus hijos, su casa, sus títulos, en un lugar de donde él mismo se evade?

No nos ama; carece de sensibilidad. Pues el pobre reyezuelo, el más diminuto de los pájaros, defenderá en su nido a sus crías contra la lechuza. Sobra de miedo y ningún amor, como poca prudencia, es una fuga tan precipitada contra toda razón.

ROSS.- Mi querida prima, instruíos vos misma. En cuanto a vuestro esposo, es noble, prudente, juicioso y conoce mejor que nosotros la crisis de los tiempos. No me atrevo a decir más; pero estos son crueles cuando somos traidores sin que lo sepamos nosotros mismos; cuando sabemos que tenemos motivos para temer y no sabemos lo que tememos; cuando nos balanceamos aquí y allá, sobre una mar agitada y violenta. Me despido de vos. En seguida estaré de retorno. Las cosas, llegadas a lo peor, descienden o se quedan en donde estaban antes. ¡Mi hermoso primo, la bendición sobre vos!

LADY MACDUFF.- Tiene padre y, sin embargo, está sin padre.

ROSS.- Soy un insensato, ya que, si tardara en partir, me perdería y os comprometería. Os abandono de prisa. (Sale ROSS.)

LADY MACDUFF.- Picarillo, vuestro padre ha muerto. ¿Qué haréis ahora? ¿Cómo os mantendréis?

HIJO.- Como los pájaros, madre.

LADY MACDUFF.- Qué, ¿con gusanos y moscas?

HIJO.- Con lo que encuentre; como ellos, quiero deciros.

LADY MACDUFF.- ¡Pobre pajarillo! ¿No temerás trampas, lazos, ligas ni redes?

HIJO.- ¿Por qué, madre? Ellas no se colocan para pájaros humildes131. Mi padre no ha muerto, a pesar de lo que decís.

LADY MACDUFF.- Sí que ha muerto. ¿Qué harás para encontrar un padre?

HIJO.- Y vos, ¿qué haréis para encontrar un marido?

LADY MACDUFF.- ¡Bah, puedo comprarme veinte en cualquier mercado!

HIJO.- ¿Entonces los compraréis para volver a venderlos?

LADY MACDUFF.- Hablas con toda tu inteligencia, y, por cierto, bastante para tu edad.

HIJO.- ¿Era mi padre un traidor, madre?

LADY MACDUFF.- Sí, eso era.

HIJO.- ¿Qué es un traidor?

LADY MACDUFF.- Pues uno que jura y miente.

HIJO.- ¿Y son traidores todos los que hacen eso?

LADY MACDUFF.- Quienquiera que lo haga es un traidor, y debe ser ahorcado.

HIJO.- ¿Y debe ahorcarse a cuantos juran y mienten?

LADY MACDUFF.- A todos.

HIJO.- ¿Quién debe ahorcarlos?

LADY MACDUFF.- Pues los hombres de bien.

HIJO.- Entonces, los juradores y mentirosos son imbéciles, pues hay bastantes juradores y mentirosos para apoderarse de los hombres de bien y ahorcarlos.

LADY MACDUFF.- ¡Que Dios te ayude ahora, pobrecito mono!132 Pero ¿cómo harás para tener un padre?

HIJO.- Si ha muerto, le lloraréis. Si no lloráis, es señal segura de que pronto tendré un nuevo padre.

LADY MACDUFF.- ¡Pobre habladorcillo! ¡Cuánto charlas!

(Entra un MENSAJERO.)

MENSAJERO.- Dios os bendiga, noble dama. No me conocéis, aunque yo conozco perfectamente vuestro rango. Sospecho que os amenaza de cerca un peligro. Si queréis aceptar el consejo de un hombre honrado, no permanezcáis aquí; huid con vuestros niños. Al asustaros de ese modo, comprendo que soy demasiado bárbaro; pero peor sería no advertiros de la gran crueldad que tan próxima se halla de vuestra persona. El cielo os guarde. No me atrevo a estar más tiempo. (Sale el MENSAJERO.)

LADY MACDUFF.- ¿Dónde huir? No he hecho ningún daño. Pero recuerdo ahora que estoy en un mundo donde hacer mal es frecuentemente laudable, y hacer bien es algunas veces locura peligrosa. ¿Por qué entonces, ¡ay!, servirme de esta defensa de mujer, que se reduce a decir: «Yo no he hecho mal ninguno?...» ¿Qué figuras son esas133.

(Entran asesinos134.)

ASESINO.- ¿Dónde está vuestro marido?

LADY MACDUFF.- Supongo que no en un lugar tan infame para que un hombre como tú pueda descubrirle.

[ASESINO.- ¡Es un traidor!]135

HIJO.- ¡Mientes, canalla de orejas peludas!136

ASESINO.- ¡Qué huevo!... (Le apuñala.) ¡Cachorro de traidor!

HIJO.- ¡Me ha matado, madre! ¡Salvaos! (Muere.)

(Sale LADY MACDUFF gritando: «¡Asesino!», y perseguida por los asesinos).

Escena III

Inglaterra. -Salón en el palacio.

Entran MALCOLM y MACDUFF.

MALCOLM.- Busquemos algún paraje solitario, y allí lloremos hasta desahogar nuestros tristes corazones.

MACDUFF.- Empuñemos, por el contrario, la espada mortífera y, como unos bravos, protejamos con nuestros cuerpos nuestra patria que sucumbe. Cada día gimen nuevas viudas, gritan nuevos huérfanos, nuevos dolores hieren la cara del cielo, que retumba, como si, sufriendo con Escocia, lanzara con ella un mismo lamento de dolor.

MALCOLM.- Lloraré por lo que crea, creeré lo que sepa, y cuando la ocasión se muestre propicia, dirigiré lo que pueda ser dirigido.

Quizá sea cierto lo que decís...; pero ese tirano, cuyo solo nombre cubre de ampollas nuestra lengua, era tenido por honrado, y vos mismo le amasteis. Aún no os ha ofendido. Soy joven; pero, gracias a mí, podríais obligarle, y quién sabe si sacrificar a un pobre, débil e inocente cordero para aplacar la cólera de un dios.

MACDUFF.- No soy traidor.

MALCOLM.- Pero lo es Macbeth. Un alma buena y generosa puede ceder a una orden imperial... Mas os pido perdón. Lo que sois no pueden cambiarlo mis pensamientos. Los ángeles brillan siempre, aunque el más brillante cayera. Si la infamia tomara el mismo rostro de la virtud, la virtud no dejaría por ello de parecerse menos a sí misma...

MACDUFF.- Perdí mis esperanzas.

MALCOLM.- Quizá donde yo encontré mis dudas. ¿Por qué habéis abandonado tan precipitadamente a vuestra esposa y vuestros niños, estos preciosos móviles de nuestras acciones, estos poderosos nudos de amor, sin un adiós siquiera? Os lo suplico: ved en mis sospechas, no afrentas para vos, sino mi propia seguridad... Podéis ser un hombre sincero, piense yo lo que quiera...

MACDUFF.- ¡Sangra, sangra, pobre patria!... ¡Poderosa tiranía, afirmate en tu base, pues la virtud no osa combatirte! ¡Porta tus

males, patria, porque el derecho legítimo siente miedo!...

Conservaos bien, señor. No quisiera ser el miserable que te imaginas ni por todo el espacio de tierra que se halla en las garras del tirano y las riquezas del Oriente.

MALCOLM.- No os ofendáis; no hablo así por desconfianza absoluta de vos. Creo que nuestra patria sucumbe bajo el yugo; llora, sangra y cada día añade una llaga a sus heridas. Creo también que muchas manos se alzarían para defender mis derechos; y aquí, el gracioso rey de Inglaterra¹³⁷ acaba de ofrecerme algunos millares de bravos; pero, a pesar de todo, aun cuando pusiera el pie sobre la cabeza del tirano, o la clavara en la punta de mi espada, mi pobre patria tendría más vicios que antes; sufriría más y por más motivos que nunca bajo lo que le sucedería.

MACDUFF.- ¿Qué sería ello?

MALCOLM.- Me refiero a mí mismo. A mí mismo, en quien siento tan hondamente arraigados toda clase de vicios, que cuando se declararan abiertos, el negro Macbeth parecería más puro que la nieve, y la pobre Escocia le miraría como un cordero al compararle con el daño sin freno que yo le causaría.

MACDUFF.- En las regiones del horrible infierno no existe un demonio tan maléfico como Macbeth.

MALCOLM.- De acuerdo que es sanguinario, lujurioso, falso, avaro, pérfido, malvado, violento, hediendo a cuantos vicios tienen nombre. Pero no siente, no, el fondo de ninguna de mis voluptuosidades. Vuestras mujeres, vuestras hijas, vuestras matronas y vuestras doncellas no podrían colmar la cisterna de mis apetitos, y mis deseos derribarían todos los obstáculos que se opusieran a mi voluntad. ¡Mejor Macbeth que semejante rey!

MACDUFF.- La intemperancia sin límites es una tiranía de la naturaleza y causa de la prematura caída de los tronos prósperos y de la vida de muchos reyes. Pero no tengáis tanto miedo en tomar lo que os pertenece. Podéis satisfacer vuestros placeres en larga medida y aparecer indiferente, engañando así al mundo. Tenemos bastantes damas voluntariosas. No es posible que el buitre que reside en vos devore tanto como ha de ofrecérsele cuando se percaten de vuestra inclinación...

MALCOLM.- Por otra parte, en mi muy perversa constitución se desarrolla una avaricia tan insaciable que, si fuera rey, suprimiría los nobles para apoderarme de sus tierras; codiciaría las alhajas de este y las casas de aquel; y el crecimiento de mis propiedades sería como un estimulante que redoblaría mi apetito; buscaría injustas contiendas contra los buenos y leales, a fin de destruirlos para agarrar sus bienes.

MACDUFF.- Esa avaricia penetra a mayores profundidades y echa raíces más nocivas que la lujuria, flor del estío¹³⁸. Ha sido la espada que ha asesinado a nuestros reyes. Pero no temáis: Escocia amontona riquezas que saciarían vuestros deseos, vuestra propia hacienda. Todo eso es soportable, compensado con otras virtudes.

MALCOLM.- Pero no tengo ninguna. Las virtudes que tanto esplendor dan a los reyes: la justicia, la verdad, la templanza, la

constancia, la bondad, la perseverancia, la merced, la clemencia, la piedad, la paciencia, el valor, la fortaleza, no encuentran en mí el menor rastro; pero, en cambio, siento todas y cada una de las malas pasiones, para practicarlas bajo distintas maneras. Sí, de yo alcanzar el poder, vertería en el infierno el dulce bálsamo de la concordia; sublevaría la paz universal, confundiría toda la armonía de la tierra.

MACDUFF.- ¡Oh, Escocia! ¡Escocia!

MALCOLM.- ¡Si tal hombre es digno de reinar, habla! ¡Soy como he dicho!

MACDUFF.- ¡Digno de reinar! ¡No, ni de vivir!... ¡Oh, nación miserable, bajo un tirano usurpador de cetro ensangrentado! ¿Cuándo brillará para ti el día de la felicidad, pues el más legítimo heredero de tu trono se maldice a sí mismo y reniega de su raza? ¡Tu real padre era un santo rey, y la reina que te acarició en su regazo, más veces genuflexa que levantada, murió cada día que vivió!... ¡Adiós! ¡Los vicios que acumulas sobre ti mismo me han desterrado de Escocia! ¡Oh, corazón mío! ¡Aquí dio fin tu esperanza!

MALCOLM.- Macduff, esa noble emoción, hija de la integridad, ha ahuyentado de mi alma las negras sospechas y reconciliado mis pensamientos con tu lealtad y honor. El infernal Macbeth, por maniobras de este género, ha intentado atraerme a su poder, y una prudencia circunspecta¹³⁹ me defiende de una credulidad demasiado precipitada. ¡Pero que el Altísimo interceda entre tú y yo! Pues desde este instante me abandono a tu dirección y me retracto del mal que he dicho de mí mismo. Abjuro aquí, como extraños a mi naturaleza, de las acusaciones y baldones que sobre mí mismo lancé. Ignoro todavía lo que es una mujer, jamás he sido perjuro y apenas he codiciado lo que me pertenece. En ningún momento he faltado a mi palabra, ni denunciaría al diablo a otro diablo, y amo la verdad tanto como la vida. Mi primera mentira es la que acabo de proferir contra mí. Lo que soy en realidad está a tu disposición y a la de mi pobre patria. Antes de tu llegada¹⁴⁰, el viejo Siward, con diez mil guerreros dispuestos y equipados, estaba a punto de partir. ¡Ahora iremos juntos, y quizá la suerte de nuestro éxito se halle tan segura como la justicia de nuestra causa!... ¿Por qué guardáis silencio?

MACDUFF.- Es difícil conciliar a la par cosas tan agradables y desagradables.

(Entra un MÉDICO.)

MALCOLM.- ¡Bien! Hablaremos muy pronto... ¿Va a salir el rey?

MÉDICO.- Sí, señor; hay allí una turba de infelices que esperan de él su curación. Su enfermedad desafía todos los esfuerzos del arte; mas, en cuanto les toca -tal es la santidad que el cielo ha concedido a su mano-, se restablecen inmediatamente. (Sale.)

MALCOLM.- Gracias, doctor.

MACDUFF.- ¿De qué enfermedad se trata?

MALCOLM.- La llaman lamparones¹⁴¹. Es una cura milagrosa de este virtuoso príncipe, que varias veces, desde que vine a Inglaterra, se la he visto hacer. De cómo se entiende con el cielo, mejor lo sabe él que nosotros; pero personas atacadas de extrañas dolencias, hinchadas y cubiertas de úlceras que daba lástima verlas, desahuciadas de la medicina, las cura colgándoles del cuello una medalla de oro mientras recita piadosas oraciones. Se dice que legará a los reyes que le sucedan este sagrado poder de curar. Con otra rara virtud: que posee el don celeste de la profecía, y las muchas bendiciones que rodean su trono nos hablan de hallarse en estado de gracia.

(Entra ROSS.)

MACDUFF.- ¡Ved quién viene aquí!...

MALCOLM.- Uno de mis compatriotas; pero no le conozco...

MACDUFF.- ¡Mi gentilísimo primo! ¡Bien venido seáis!...

MALCOLM.- ¡Ahora le conozco!... ¡Dios misericordioso! ¡Aleja pronto las causas que nos convierten en extranjeros!...

ROSS.- ¡Amén, señor!

MACDUFF.- ¿Sigue Escocia como estaba?

ROSS.- ¡Ay, pobre patria! ¡Apenas se conoce a sí misma! No puede llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba; donde nada¹⁴² sonríe sino el que nada sabe; donde los lamentos, los gemidos y los gritos que desgarran los aires pasan inadvertidos; donde los dolores más violentos se tienen por emociones vulgares¹⁴³. La campana de difuntos toca sin que se pregunte por quién, y las vidas de los bravos expiran antes que las flores de sus sombreros, que, sin enfermar, mueren.

MACDUFF.- ¡Oh, relato demasiado minucioso, y, no obstante, demasiado verdadero!

MALCOLM.- ¿Cuál es la más reciente desgracia?

ROSS.- La que data de una es ya tan antigua, que olvida la que anuncia, pues cada minuto trae una nueva.

MACDUFF.- ¿Cómo está mi esposa?

ROSS.- Pues... bien.

MACDUFF.- ¿Y mis niños?

ROSS.- Bien, igualmente.

MACDUFF.- ¿No ha turbado el tirano su paz?

ROSS.- No; bien en paz estaban cuando los dejé...

MACDUFF.- No seáis avaro¹⁴⁴ de vuestras palabras. ¿Qué ocurre?

ROSS.- Cuando llegué aquí para comunicar las noticias de que yo era, desgraciadamente, portador, corría el rumor de que se habían alistado gran número de valientes para la campaña, lo que he creído al ver agruparse en pie de guerra las tropas del tirano¹⁴⁵. Este es el momento de venir en ayuda. Vuestra presencia en Escocia crearía soldados, armaría hasta a las mujeres para librarse de tantos males.

MALCOLM.- Que se consuelen. Iremos allá. El gracioso rey de Inglaterra nos ha prestado diez mil hombres y el bravo Siward. La

cristiandad no ofrece más antiguo y mejor soldado...

ROSS.- ¡Plegue al cielo que pueda corresponder a estas noticias consoladoras con otras iguales! ¡Pero tengo palabras que debieran lanzarse en un desierto donde ningún oído las escuchara!...

MACDUFF.- ¿A quién interesan? ¿A la causa general? ¿O no es más que un dolor particular que no debe herir sino a un solo corazón?

ROSS.- No existe alma honrada que no tenga su parte, aunque la principal os concierne a vos solo...

MACDUFF.- Si me pertenece, no la retengáis; en seguida que yo la posea...

ROSS.- ¡Que vuestros oídos no desprecien mi lengua, que va a herirles con las más terribles palabras que hayan podido escucharse!

MACDUFF.- ¡Hum! Adivino...

ROSS.- Vuestro castillo ha sido sorprendido; vuestra esposa y vuestros niños, bárbaramente asesinados. Contaros cómo, sería agregar vuestra muerte a esa matanza!...

MALCOLM.- ¡Cielos piadosos!... ¡Qué, amigo! ¡No hundáis el sombrero sobre vuestros ojos! Dad palabras al dolor. La desgracia que no habla murmura en el fondo del corazón, que no puede más hasta que le quiebra.

MACDUFF.- ¿Mis niños también?

ROSS.- ¡Esposa, hijos, criados, cuanto pudo encontrar!

MACDUFF.- ¡Y no estar yo allí! ¡Mi mujer también muerta!

ROSS.- Ya lo dije...

MALCOLM.- ¡Valor! Y que una gran venganza sea el remedio que cure este mortal dolor...

MACDUFF.- ¡¡El no tiene niños!!...146 ¿Todos mis preciosos nenes? ¿Habéis dicho todos? ¡Milano del infierno!... ¿Todos? ¡Qué! ¿Todos mis pequeños y su madre arrebatados de un solo golpe?

MALCOLM.- ¡Recíbidlo como un hombre!

MACDUFF.- ¡Lo haré; pero es necesario que lo sienta como un hombre! ¡No puedo olvidar que esos seres vivían, que eran para mí lo más querido!... ¿El cielo lo ha contemplado sin tomar parte? ¡Macduff pecador! ¡Por tu causa cayeron todos! ¡Miserable!... ¡Por tus faltas y no por las suyas, el asesino cayó sobre sus almas! ¡Que el cielo les ampare!...

MALCOLM.- ¡Sea eso la piedra donde afiléis vuestra espada! ¡Que el dolor se transforme en cólera, y sin abatir el corazón, le llenéis de rabia!

MACDUFF.- ¡Lloraré como una mujer, y no seré valiente sino de palabra! ¡Cielos propicios, apresuradlo todo! ¡Ponedme frente a frente de ese demonio de Escocia y yo mismo le alcanzaré con mi espada! ¡Si se escapa, que Dios le perdone entonces!...

MALCOLM.- ¡Así debe hablar un hombre! Venid, vamos a ver al rey; nuestros ejércitos están prontos, y solo nos falta despedirnos de él. Macbeth se halla al borde del abismo, y las potencias superiores pueden poner en movimiento sus instrumentos. Aceptad cuanto os consuele. ¡No hay noche, por larga que sea, que no encuentre el día!
(Salen.)

Acto V

Escena I

Dunsinane. -Antecámara en el castillo.

Entran un MÉDICO y una DAMA de servicio.

MÉDICO.- Dos noches hemos velado juntos; pero no he podido confirmar la verdad de nuestro relato. ¿Cuándo fue la última vez que se paseó?

DAMA.- Desde que Su Majestad entró en campaña, la he visto levantarse de su lecho, echar sobre sí su vestido de noche, abrir su pupitre, sacar papel, plegarlo, escribir en él, leerlo luego y en seguida volver al lecho; todo esto, por supuesto, completamente dormida.

MÉDICO.- ¡Grave perturbación de la naturaleza! ¡Gozar a la vez el beneficio del sueño y ejecutar actos que corresponde a la vela! En esa agitación soñolienta, aparte de sus paseos y de otras manifestaciones, en algún instante, ¿qué le habéis oído decir?

DAMA.- Lo que no repetiré, señor, después de ella.

MÉDICO.- Podéis a mí, y aun es conveniente que lo hagáis.

DAMA.- Ni a vos ni a nadie, no teniendo testigos que confirmen mis asertos. (Entra LADY MACBETH con una vela encendida.) ¡Miradla, aquí viene! Ese es su aspecto ordinario, y, por vida mía, que está dormida completamente. Observadla; aproximaos¹⁴⁷.

MÉDICO.- ¿De dónde cogió esa luz?

DAMA.- La tenía a su lado; tiene siempre luz junto a ella; es orden suya.

MÉDICO.- Ved, sus ojos están abiertos.

DAMA.- Sí, pero cerrados a la sensación.

MÉDICO.- ¿Qué es eso que hace ahora? ¡Ved cómo se frota las manos!

DAMA.- Es un acto acostumbrado en ella hacer que se lava las manos. La he visto continuarlo así un cuarto de hora.

LADY MACBETH.- Todavía hay aquí una mancha...

MÉDICO.- ¡Oíd! Habla. Voy a anotar todo lo que diga, para fijarlo mejor en mi memoria.

LADY MACBETH.- ¡Fuera, mancha maldita!... ¡Fuera, digo!... Una, dos¹⁴⁸; vaya, llegó el instante de ponerlo por obra... ¡El infierno es sombrío!...¹⁴⁹ ¡Qué vergüenza, dueño mío, qué vergüenza! ¿Un

soldado, y tener miedo?... ¡Qué importa que llegue a saberse, si nadie puede pedir cuenta a nuestro poder!... Pero ¡quién hubiera imaginado que había de tener aquel viejo tanta sangre!...150

MÉDICO.- ¿Advertís eso?

LADY MACBETH.- ¡El thane de Fife tenía una esposa!151 Ahora, ¿dónde está?... Pero ¡qué! ¿No he de poder ver limpias estas manos? ¡No más, dueño mío, acaba; todo lo echáis a perder con esos sobresaltos!152

MÉDICO.- ¡Vaya, vaya! Sabéis lo que no debíais saber.

DAMA.- Ella es quien ha hablado lo que no debía hablar; segura estoy de ello. El cielo sabrá lo que dice...

LADY MACBETH.- ¡Siempre el hedor de la sangre!... ¡Todas las esencias de la Arabia no desinfectarían esta pequeña mano mía!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!...

MÉDICO.- ¡Qué suspiro!... El corazón está dolorosamente cargado...

DAMA.- ¡No querría llevar un corazón semejante en mi pecho ni por todas las dignidades que pudiera tener el cuerpo!

MÉDICO.- ¡Bien, bien, bien!153

DAMA.- Rogad a Dios que así sea, señor.

MÉDICO.- ¡Esta enfermedad es superior a mi ciencia! Y, sin embargo, personas he conocido que se pasearon durante su sueño y murieron santamente en sus lechos154.

LADY MACBETH.- Lavaos vuestras manos; poneos vuestro vestido de noche; no estéis tan pálido... Os lo repito...; Banquo está enterrado, no puede salir de su tumba...155

MÉDICO.- ¿Es posible?

LADY MACBETH.- ¡Al lecho, al lecho!... Lllaman a la puerta. Venid, venid, venid, venid. Dadme vuestra mano. ¡Lo hecho no se puede deshacer! ¡Al lecho! ¡Al lecho! ¡Al lecho! (Sale LADY MACBETH.)

MÉDICO.- ¿Se irá ahora a la cama?

DAMA.- Directamente.

MÉDICO.- ¡Insensatos murmullos circulan! Actos contra naturaleza engendran desórdenes contra naturaleza. Las conciencias infectas confían sus secretos a las sordas almohadas. Más necesidad tiene de sacerdote que de médico... ¡Dios, Dios, perdonadnos a todos!...

Velad sobre ella. Alejadla de todo objeto con que pueda causarse mal, y no le quitéis ojo de encima... Así, pues, buenas noches. Mi mente ha confundido y asombrado mis ojos. Pienso, pero no me atrevo a hablar.

DAMA.- Buenas noches, buen doctor156. (Salen.)

Escena II

Campo en las cercanías de Dunsinane.

Entran con tambores y banderas MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LENNOX y soldados.

MENTEITH.- El ejército inglés avanza mandado por Malcolm, su tío Siward y el bravo Macduff. La venganza arde en ellos. Causas tan queridas excitarían a un muerto a esta llamada a las armas feroces y asesinas.

ANGUS.- Seguro que los encontraremos cerca del bosque de Birnam, pues por aquí es por donde vienen.

CAITHNESS.- ¿Se sabe si Donalbain está con su hermano?

LENNOX.- No, por cierto, señor. Tengo una lista de todos los nobles; entre ellos se halla el hijo de Siward y gran número de jóvenes imberbes que se disponen a recibir su bautismo de sangre.

MENTEITH.- ¿Qué hace el tirano?

CAITHNESS.- Fortifica sólidamente el gran castillo de Dunsinane. Unos dicen que está loco. Otros, que le odian menos, hablan de frenesí guerrero. Pero lo indudable es que no puede ceñir su desesperada causa con el cinturón del derecho.

ANGUS.- Ve ahora que sus asesinatos secretos le atan las manos; que las revueltas, que se suceden de minuto en minuto, le reprochan su mala fe, pues los que manda, no obedecen sino a la voz de mando, pero no a la del afecto; ve, en fin, que su dignidad real flota alrededor de él como el manto de un gigante que hubiera robado un enano.

MENTEITH.- ¿Quién censurará sus sentidos exasperados, si retroceden y se rebelan, cuando todo lo que en él existe siente vergüenza de hallarse?

CAITHNESS.- Bien, en marcha; a prestar nuestra obediencia a quien le es debida. Vayamos en busca del médico de este estado enfermo, y derramemos con él hasta la última gota de nuestra sangre para curar a nuestra patria.

LENNOX.- Tanta como sea menester para rociar la flor de la soberanía y arrancar las malas hierbas. ¡En marcha hacia Birnam! (Salen militarmente.)

Escena III

Dunsinane. -Departamento en el castillo.

Entran MACBETH, el MÉDICO y criados.

MACBETH.- ¡No me traigáis más noticias! ¡Que deserten todos!158
¡Hasta que el bosque de Birnam se traslade a Dunsinane, no me
contagiará el miedo! ¿Quién es ese mancebo Malcolm? ¿No ha nacido de
mujer? Los espíritus que conocen las consecuencias de todo lo mortal
se expresaron así: «¡No temas, Macbeth; ningún hombre nacido de
mujer tendrá poder sobre ti!...» ¡Huid, pues, thanes traidores, y
marchad a mezclaros con los epicúreos159 ingleses! ¡Por el alma que
me guía y el corazón que me late, no sucumbiré jamás bajo la duda,
no me agitaré bajo el temor!... (Entra un CRIADO.) El demonio te
vuelva negro, felón de cara de rema... ¿De dónde has sacado esa cara
de liebre?

CRIADO.- Son diez mil...

MACBETH.- ¡Pájaros, imbécil!

CRIADO.- Soldados, señor.

MACBETH.- ¡Anda, cúbrete la cara y tiñe de rojo tu miedo, rapazuelo
alelado! ¿Qué soldados, idiota? ¡Difunto de tu alma! Tus pálidas
mejillas son consejeras del terror. ¿Qué soldados, cara lechosa?160

CRIADO.- Tropas inglesas, si os place.

MACBETH.- ¡Apártate de mi presencia!... (Sale el CRIADO.)

¡Seyton!... El corazón se me subleva cuando veo...161 ¡Seyton,
digo!... ¡Este ataque me glorifica para siempre, o me lanza ahora
del trono! He vivido bastante; el camino de mi vida declina hacia el
otoño de amarillentas hojas; y cuanto sirve de escolta a la vejez:
el respeto, el amor, la obediencia, el aprecio de los amigos, no
debe pretenderlo. En cambio, vendrán maldiciones ahogadas, pero
profundas, homenajes de adulación, murmullos que el pobre corazón
quisiera reprimir y no puede rehusar... ¡Seyton!...

(Entra SEYTON.)

SEYTON.- ¿Qué desea Vuestra Gracia?

MACBETH.- ¿Qué más noticias hay?

SEYTON.- Todo se confirma, señor, según informes.

MACBETH.- ¡Combatiré hasta que la carne se desprenda de mis
huesos!... Dame mi armadura.

SEYTON.- Todavía no es necesaria.

MACBETH.- ¡Quiero estar preparado! ¡Envía más caballería que bata
los contornos!... ¡Que ahorquen a los que hablen de miedo!... ¡Dame
mi armadura!... ¿Cómo va vuestra enferma, doctor?

MÉDICO.- No es tan grave su dolencia, señor, como la agitación que
sufre por incesantes visiones que la impiden reposar.

MACBETH.- ¡Cúrala!... ¿No puedes calmar un espíritu enfermo,
arrancar de su memoria los arraigados pesares, borrar las angustias
grabadas en el cerebro, y con un dulce antídoto olvidador arrojar de
su seno oprimido las peligrosas materias que pesan sobre el corazón?

MÉDICO.- En tales casos el paciente debe ser su mismo médico.

MACBETH.- ¡Arroja a los perros la medicina; no la necesito!... Ven,
ponme mi armadura. Dame mi bastón de mando... ¡Seyton, una

salida!...162 ¡Doctor, los thanes me abandonan!... Vamos, señor, despachad!... Si pudierais, doctor, analizar la orina de mi reino163, hallar su enfermedad y restituirle con la purga su prístina y excelente salud, te aplaudiría hasta que todos los ecos repitieran mis aplausos!... ¡Arráncalo, te digo!164 ¿Qué ruibarbo, sen o droga purgante podría desembarazarnos de esos ingleses?... ¿Sabes de alguno?

MÉDICO.- Sí, buen señor; vuestros reales preparativos dicen de varios.

MACBETH.- Llévese eso165 delante de mí. ¡No debo temer ni a muerte ni a desgracia hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane! (Sale.)

MÉDICO.- Si pudiera salir libremente de Dunsinane, ni por cuanto vale el mundo volvería. (Salen.)

Escena IV

Campo cerca de Dunsinane. -Un bosque a la vista.

Entran con tambores y banderas MALCOLM, el viejo SIWARD y su HIJO, MACDUFF, MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LENNOX, ROSS y SOLDADOS en marcha.

MALCOLM.- Deudos, confío que llegarán los días en que nuestros albergues estén seguros...

MENTEITH.- No lo dudamos.

SIWARD.- ¿Qué bosque es este que tenemos delante?

MENTEITH.- El bosque de Birnam.

MALCOLM.- Que cada soldado corte una rama y la lleve delante de él. Ocultaremos así el número de nuestros combatientes, e induciremos a error las informaciones de los espías enemigos166.

SOLDADOS.- Se hará.

SIWARD.- No sabemos más sino que el tirano, lleno de confianza, espera en Dunsinane y sostendrá nuestro asedio.

MALCOLM.- Ese es su principal recurso; pues no bien hallan ocasión, pequeños y grandes se rebelan contra él. No le sirven sino los puramente obligados, cuyos corazones están también ausentes.

MACDUFF.- Dejemos las justas censuras, atendiendo a nuestra verdadera causa, y usemos de la ciencia militar.

SIWARD.- Se aproxima la hora en que sabremos decididamente lo que poseemos y lo que debemos. La imaginación nos regocija con inciertas esperanzas; pero los golpes determinan el resultado verdadero. A ese

fin se encamina la guerra. (Salen marchando.)

Escena V

Dunsinane. -Dentro del castillo.

Entran MACBETH, SEYTON y SOLDADOS, con tambores y banderas.

MACBETH.- ¡Desplegad nuestras banderas sobre los muros exteriores!¹⁶⁷ Se grita siempre «¡Ahí vienen!»; pero la fuerza de nuestro castillo se reirá con desprecio de su asedio. ¡Que permanezcan aquí hasta que los devoren la fiebre y el hambre! Si no estuvieran apoyados por los que debían ser nuestros, podíamos salir a su encuentro, osadamente, cara a cara, y lanzarlos, batidos, hacia sus hogares. (Gritos de mujeres dentro.) ¹⁶⁸ ¿Qué ruido es ese?

SEYTON.- Son gritos de mujeres, buen señor. (Sale.)

MACBETH.- ¡Casi he olvidado el sabor del miedo! Hubo un tiempo en que un grito nocturno helaba mis sentidos y en que el relato de un suceso pavoroso erizaba mis cabellos, que se estremecían como si los animara la vida. ¡Me he saciado de horrores! La desolación, familiar a mis pensamientos de muerte, no me produce ya emoción alguna...

(Vuelve a entrar SEYTON.) ¿Qué gritos eran esos?

SEYTON.- Señor, la reina ha muerto.

MACBETH.- ¡Debiera haber muerto más tarde! ¡Entonces habría yo tenido tiempo para entender una palabra así!... El mañana y el mañana y el mañana avanzan a pequeños pasos, de día en día, hasta la última sílaba del tiempo recordable; y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos el camino hacia el polvo de la muerte...

¡Extínguete, extínguete, fugaz antorcha!... ¡La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena, y después no se acuerda más...; un cuento narrado por un idiota con gran aparato, y que nada significa...¹⁶⁹ (Entra un MENSAJERO.)

¡A usar de tu lengua vienes; tu historia pronto!

MENSAJERO.- Mi gracioso señor, querría deciros que he visto lo que voy a decir, más no sé cómo hacerlo.

MACBETH.- ¡Bien, hablad, señor!

MENSAJERO.- Estando de centinela en la colina he mirado del lado de Birnam¹⁷⁰ y acto seguido me ha parecido que el bosque comenzaba a moverse.

MACBETH.- ¡Embustero y miserable!... (Le golpea.)¹⁷¹

MENSAJERO.- ¡Que soporte vuestra cólera si no es así! A tres millas de este sitio podéis verlo llegar. Lo repito, un bosque marcha.

MACBETH.- ¡Si mientes, serás colgado vivo del árbol más próximo,

hasta que el hambre te diseque! ¡Si es verdad lo que dices, no me importa que hagas conmigo otro tanto!... Flaquea mi resolución y comienzo a sospechar el equívoco del demonio¹⁷², que miente bajo la máscara de la verdad. «¡No temas nada, hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane!»... ¡Y ahora un bosque viene hacia Dunsinane!... ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Salgamos! ¡Si es cierto lo que este afirma, importa poco que huya de aquí o me quede!... ¡Comienzo a hartarme del Sol, y ansío que se haga pedazos el universo!... ¡Suene la campana de alarma!... ¡Sopla, viento!... ¡Ven, destrucción! ¡Que al menos perezca con los arneses sobre la espalda!...¹⁷³ (Salen.)

Escena VI

El mismo lugar. Llanura ante el castillo.

Entran con tambores y banderas MALCOLM, el viejo SIWARD, MACDUFF, etc., y su ejército, con ramas y árboles.

MALCOLM.- ¡Ya estamos cerca! Arrojad ahora esos cortinajes de ramas y mostraos tal cual sois... Vos, digno tío, con mi primo, vuestro muy noble hijo, mandaréis nuestro primer cuerpo de ejército. El esforzado Macduff y nosotros nos encargaremos de lo que resta por hacer, conforme a nuestro plan de batalla.

SIWARD.- ¡Adiós!... ¡Que encontremos esta tarde las fuerzas del tirano, y que sea yo batido si no nos sabemos batir!...

MACDUFF.- ¡Resuenen todas nuestras trompetas!... ¡Echad todo el aliento a esos clamorosos mensajeros de la sangre y de la muerte!...

(Salen. Continúan los toques de alarma.)

Escena VII

El mismo lugar. Otra parte de la llanura.¹⁷⁴

Entra MACBETH.

MACBETH.- Me han amarrado a un poste. No puedo huir; pero, como el oso, debo hacer frente a la embestida... ¿Dónde está el que no ha nacido de mujer? ¡A ese es al que debo temer y no a ningún otro!

(Entra el JOVEN SIWARD.)

JOVEN SIWARD.- ¿Cuál es tu nombre?

MACBETH.- ¡Te aterrarías al saberlo!

JOVEN SIWARD.- ¡No, aunque llevaran un nombre más llameante que ninguno del infierno!

MACBETH.- ¡Mi nombre es Macbeth!

JOVEN SIWARD.- ¡El mismo demonio no pronunciaría un título más odioso a mis oídos!

MACBETH.- ¡No, ni más temible!

JOVEN SIWARD.- ¡Mientes, tirano aborrecido! ¡Con mi espada te probaré tu mentira!

(Se batien y el JOVEN SIWARD es muerto.)

MACBETH.- ¡Habías nacido de mujer! ¡Me burlo de las espadas y desprecio las armas blandidas por el hombre que no haya nacido de mujer!

(Sale. Alarmas.)175

(Entra MACDUFF.)

MACDUFF.- El estrépito es de este lado. ¡Tirano, muestra tu cara! ¡Si no es mi mano la que te mata, las sombras de mi mujer y de mis niños me acosarán siempre! No quiero pelear con miserables «kernes» cuyos brazos están alquilados para llevar bastones¹⁷⁶. ¡O tú, Macbeth, o envainaré mi espada, intacta e inactiva!... Debes andar por aquí, pues ese gran clamoreo parece anunciar algún personaje de nota. ¡Tráelo ante mí, Fortuna! ¡No te pido más!...

(Sale. Alarmas.)

(Entran MALCOLM y el viejo SIWARD.)

SIWARD.- ¡Por aquí, señor! El castillo se ha rendido sin

resistencia. Las tropas del tirano combaten en ambos ejércitos. Los nobles thanes cumplen bravamente con su deber. La jornada misma se declara por vos y no queda casi nada por hacer.

MALCOLM.- Hemos hallado enemigos que fingían combatirnos y luchaban a nuestro lado.

SIWARD.- Entremos, señor, en el castillo.

(Salen. Alarmas.)

(Vuelve a entrar MACBETH.)

MACBETH.- ¿Por qué imitar al loco romano¹⁷⁷ y morir bajo mi misma espada? ¡Mientras vea vivos, las heridas estarán mejor en ellos que en mí!

(Vuelve a entrar MACDUFF.)

MACDUFF.- ¡Vuélvete, perro¹⁷⁸ del infierno, vuélvete!

MACBETH.- A ti solo, de entre todos, he evitado. ¡Márchate! ¡Mi alma está demasiado cargada de la sangre de los tuyos!

MACDUFF.- ¡No tengo palabras!... ¡Mi voz está en mi espada! ¡Tú, monstruo el más sanguinario que la lengua pueda proclamar!...

(Se batien.)

MACBETH.- ¡Trabajo perdido! ¡Antes que causarme ningún daño con el impulso de tu aguda espada, quizá pueda herir al viento impalpable!¹⁷⁹ ¡Deja caer tu acero sobre vulnerables cimeras! ¡Mi vida está bajo un hechizo y no puede rendirse al hombre nacido de una mujer!

MACDUFF.- ¡Desconfía del hechizo! ¡Y deja al ángel del mal, de quien eres siervo, que te diga que Macduff fue arrancado antes de tiempo del vientre de su madre!

MACBETH.- ¡Maldita sea la lengua que me lo ha revelado! ¡Ha abatido mi mejor parte de hombre!¹⁸⁰ ¡Que se crea nunca en estos demonios de juglares, que se burlan de nosotros con oráculos de doble sentido, que dan palabras de promesa a nuestros oídos y quiebran nuestras esperanzas!... ¡No pelearé contigo!

MACDUFF.- ¡Ríndete, entonces, cobarde!... ¡Y vive para ser el ludibrio y espectáculo de universo! Te colocaremos, como a los monstruos raros, ante una barraca, y debajo escribiremos: «¡Aquí puede verse el tirano!»

MACBETH.- ¡No me rendiré para besar la tierra hollada por el joven Malcolm y para ser perseguido por las maldiciones de la canalla! ¡Aunque el bosque de Birnam ha venido a Dusinane y tú no seas nacido

de mujer, lo arriesgaré todo! ¡Ante mi cuerpo extendiendo mi escudo de guerra! Hiere, pues, Macduff, y maldito quien grite el primero:
«¡Gracia, basta!»181

(Salen luchando182. Retirada. Clarines y trompetas.)

(Vuelven a entrar con tambores y banderas MALCOLM, el viejo SIWARD, ROSS, LENNOX, ANGUS, CAITHNESS, MENTEITH y SOLDADOS.)

MALCOLM.- Quisiera que estuviesen aquí, sanos y salvos, los amigos que faltan.

SIWARD.- Forzoso es que algunos hayan perecido; y, sin embargo, a juzgar por los que restan, la jornada no nos ha costado demasiado cara.

MALCOLM.- Nos faltan Macduff y vuestro noble hijo.

ROSS.- Vuestro hijo, señor, ha pagado su deuda de soldado. No ha vivido sino hasta que fue hombre. Apenas su valor probó que lo era, desde el puesto donde combatió sin retroceder, sucumbió como tal.

SIWARD.- ¿Murió, pues?

ROSS.- Sí, y ha sido retirado del campo de batalla. Vuestro dolor no puede hallarse en relación con su mérito, pues entonces no tendría fin.

SIWARD.- ¿Fue herido de frente?

ROSS.- Sí, cara a cara.

SIWARD.- ¡Pues, entonces, sea soldado de Dios! ¡Tuviera tantos hijos como cabellos, no les desearía una muerte tan magnífica! Su hora sonó.

MALCOLM.- Merece más lágrimas. Y yo las verteré...

SIWARD.- ¡No merece más! Se dice que ha sido bien muerto y que ha pagado su tributo...183 He aquí venir un consuelo como ninguno.

(Vuelve a entrar MACDUFF con la cabeza de MACBETH.)

MACDUFF.- ¡Salve, rey, pues ya lo eres! ¡Mira dónde traigo la cabeza maldita del usurpador! ¡El mundo es libre! ¡Te veo rodeado de las perlas del reino, que repiten mi homenaje en su corazón! Que sus voces se unan gritando con la mía: ¡Salve, rey de Escocia!

TODOS.- ¡Salve, rey de Escocia!184

(Clarines y trompetas.)

MALCOLM.- No dejaremos pasar largos días sin haber ajustado cuentas con vuestras afecciones y sin saldarlas por nuestra parte. Mis thanes y parientes desde hoy seréis condes, y los primeros en llevar este título en Escocia. Lo que resta por hacer, y que debe llevarse

a cabo según las circunstancias -como levantar a nuestros amigos sus lejanos destierros, adonde huyeron para librarse de una vigilante tiranía, perseguir a los crueles ministros de ese verdugo muerto y de su infernal reina, que, según se dice, se quitó la vida con sus propias y violentas manos¹⁸⁵-, esto, y todo lo demás que sea preciso y nos incumba, por la gracia de la Gracia, lo cumpliremos en su medida, tiempo y espacio. Gracias a todos y a cada uno de vosotros, y os invitamos a nuestra coronación en Scone.

(Clarines y trompetas. Salen.)

FIN

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

